

La razón histórica de existir del modo de producción capitalista y la determinación de la clase obrera como sujeto revolucionario

1.1. La cuestión hoy

Hoy día, la mera referencia a la necesidad, a la razón histórica, es escándalo y abominación entre muchos de los que se presentan como críticos del capitalismo. «Teleología», cae la excomunión sobre cualquier reconocimiento científico de que la sociedad avanza en un sentido determinado. Y la acción que se afirma en su libertad por regirse mediante el conocimiento científico de su propia determinación es acusada de ser un atentado «totalitario» contra la libertad. Bajo la advocación del pluralismo y la diversidad, todo potencial revolucionario se degrada al abstracto «deseo», la «libre voluntad», la «fuerza moral», de afirmar una «identidad» que empieza por negar dogmáticamente toda identidad de clase que surja de las relaciones sociales de producción. El dogma llega así a proclamar que es el modo de producción capitalista el que logra abolir a la clase obrera, y no a la inversa. Por supuesto, los apologistas desembozados del capital no pueden sino festejar este vaciamiento de necesidad histórica. Si hasta el propio método científico acriticamente aceptado de manera universal como la forma natural de la ciencia, la representación lógica, consagra la imposibilidad de actuar con la certeza respecto de la propia determinación.

A este moderno avance de la inversión idealista vamos a oponerle aquí el desarrollo de la conciencia acerca de la materialidad de la historia natural humana, o sea, acerca del desarrollo de la subjetividad productiva humana.¹

¹Arrancamos en este desarrollo armados con el conocimiento original expuesto por Marx en El Capital, es decir, realizando un proceso de reconocimiento. En tanto vamos avanzando en este proceso de reconocimiento, nuestra exposición se limita a presentar el eje del curso que lleva a las formas concretas cuyo conocimiento tenemos por objeto específico aquí. De modo que no cabe referir cada paso de nuestro avance a un punto singular de la exposición original de Marx, sino a las unidades de esta exposición que van marcando el eje de la nuestra.

1.2. La mercancía, o las potencias productivas del trabajo social realizado como trabajo privado individual²

El ser humano se distingue como género en oposición a las especies animales. Lo hace por su potencialidad para actuar sobre su entorno. Tiene la capacidad de transformar a éste en un medio para sí mediante el trabajo; esto es, mediante el gasto de fuerza humana regido de manera consciente y voluntaria que se aplica sobre un objeto exterior a fin de transformarlo en un valor de uso para la vida humana. Como integrantes específicas del trabajo humano, la conciencia y la voluntad pueden avanzar en su propio desarrollo tanto como se desarrollen las fuerzas productivas materiales de aquél.

Las fuerzas productivas materiales del trabajo se encuentran portadas por el trabajo individual. Pero el desarrollo de su potencialidad es sólo un atributo de la unidad colectiva de los trabajos individuales. Dicho de otro modo, la realización del ser genérico humano mismo es sólo un atributo del trabajo social. La unidad orgánica de los trabajos individuales, o sea, el modo en que la sociedad organiza la producción de su vida, toma la forma concreta de las relaciones sociales de producción. Como tales, estas relaciones sociales no tienen cómo avanzar en su desarrollo más allá de lo que demanda de ellas la materialidad misma de las fuerzas productivas de la sociedad en cada momento del suyo. La historia natural del género humano no es sino la historia del desarrollo de las fuerzas productivas materiales del trabajo, y de las formas sociales concretas con que este desarrollo se rige.

Lo primero que resalta del trabajo social en el modo de producción capitalista es la forma de privado con que se realiza. Aquí, ningún productor se encuentra sujeto a relaciones directas de dependencia personal que le impongan el modo concreto en que debe aplicar su fuerza de trabajo. Y si algo caracteriza a un sujeto independiente que realiza su trabajo privadamente, es la autonomía inmediata de su conciencia y voluntad. Pero así como la conciencia y la voluntad del productor independiente no se encuentran subordinadas a las de ningún otro individuo en el proceso de regir privadamente su trabajo individual, se encuentran privadas de inmiscuirse en la organización correspondientemente independiente del trabajo de los demás. Como individuos libres, los productores independientes de mercancías ejercen mediante su conciencia y voluntad el control pleno sobre sus trabajos individuales, pero carecen de todo control sobre el carácter social de éstos. El desarrollo de las fuerzas productivas materiales del trabajo social se potencia así a través del desarrollo de las fuerzas productivas individuales aisladas. Pero, al mismo tiempo, pierde toda potencialidad proveniente de la aplicación de la conciencia y la voluntad a la organización del trabajo como un proceso directamente social. Esta

²Marx, Carlos, *El capital*, Tomo I, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, sección primera.

contradicción es el punto de partida de la razón histórica específica de existir del modo de producción capitalista.

Los productores de mercancías se encuentran privados de toda capacidad para organizar socialmente sus trabajos de manera directa aplicando sus conciencias y voluntades individuales como una fuerza inmediatamente social. Esa organización se resuelve necesariamente de una manera indirecta. En el modo de producción capitalista, la sociedad asigna su capacidad total de trabajo bajo las distintas formas concretas útiles de éste, necesarias para la vida social, mediante el cambio de mercancías. Esto es, a través de la forma de valor que toma el producto del trabajo social realizado privadamente. El trabajo abstracto socialmente necesario, simple gasto productivo de cuerpo humano cualquiera sea la forma concreta en que se lo realice, y, como tal, condición natural para la vida humana cualquiera sea la modalidad social que rija a ésta, adquiere una forma social históricamente específica al ser realizado privadamente por los productores independientes. Materializado en su producto, las mercancías, aparece representado como el valor de éstas. O sea, aparece representado como la aptitud de las mercancías para relacionarse socialmente entre sí en el cambio, poniendo así en relación social a sus propios productores.

Recién en el cambio mismo, o sea, en el mercado, se pone de manifiesto si un determinado trabajo privado ha formado o no parte del trabajo social en el momento de realizarse. De modo que el productor no sólo debe producir un objeto socialmente útil, un valor de uso social. Debe producir, al mismo tiempo, su relación social general, debe producir valor. El desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social bajo su modalidad capitalista parte, pues, de la plenitud de las potencias productivas del trabajo libre individual aislado. O sea, parte de la plenitud de las potencias productivas que puede darle al trabajo social su realización bajo la forma de trabajo absolutamente privado.

Necesitada de producir valor, la libre conciencia y voluntad individual del productor que organiza privada e independientemente su trabajo se encuentra sujeta a una determinación que le es históricamente específica. Debe someterse a la necesidad que le impone la forma de valor tomada por su propio producto material. Debe actuar como personificación de su mercancía. El productor se encuentra libre de toda servidumbre personal porque es el sirviente del carácter social de su producto. Así como la voluntad del productor tiene pleno dominio sobre el ejercicio privado e independiente de su trabajo individual, se encuentra sometida por completo a las potencias sociales del producto de este trabajo. Desde el punto de vista de la participación del productor privado e independiente en el trabajo social, su conciencia y voluntad sólo cuentan en cuanto él personifica las potencias de su mercancía. La potencia productiva de su trabajo social se enfrenta a los propios productores como una potencia que les es ajena, como una potencia encarnada en

sus mercancías. La conciencia y voluntad libres del productor de mercancías son las formas concretas en que existen su conciencia y voluntad enajenadas.

Ahora bien, al mismo tiempo, sólo porque se encuentran sometidas al dominio de la mercancía, es que la conciencia y la voluntad humanas se determinan a sí mismas como libres de todo dominio personal ajeno. En los modos de producción anteriores, empezando por el comunismo primitivo, no existían los individuos libres de relaciones de dependencia personal en la organización de su trabajo social. Quienes se detienen en las apariencias de la circulación de las mercancías, creen que sus poseedores son sujetos abstractamente libres por naturaleza. Pero la libertad humana no es sino una relación social que, en su desarrollo histórico hasta hoy, sólo ha existido y existe bajo la forma concreta del no estar subordinado a relaciones de dependencia personal porque se está sometido a las potencias sociales del producto del trabajo. Por lo tanto, el desarrollo de la libertad no tiene otra necesidad que la que pueda brotar del desarrollo de su misma enajenación.

1.3. El capital, o las potencias productivas del obrero doblemente libre³

La producción social no tiene ya por objeto inmediato la producción de valores de uso, sino la producción de la relación social general misma, la producción de valor. Como relación social general objetivada que representa el trabajo social hecho de manera privada e independiente, el valor toma la forma sustantivada de dinero. El dinero representa a todas las modalidades concretas del trabajo social y, por lo tanto, es en sí mismo la capacidad latente para poner en marcha a todas esas modalidades como punto de partida del proceso de metabolismo social. De modo que la organización de la producción social no parte simplemente de que la conciencia enajenada de cada individuo libre pone en acción su porción de trabajo social. Por el contrario, la conciencia enajenada no hace sino expresar la necesidad de la relación social sustantivada, que pone en movimiento al trabajo social sin tener por objeto inmediato la producción de valores de uso, sino la reproducción ampliada de la misma relación social sustantivada. Se trata, pues, de la valorización del valor, de la producción de plusvalía. Por lo tanto, en la asignación del trabajo social bajo sus distintas formas concretas, la única determinación cualitativa que prima es la realización de la diferencia puramente cuantitativa entre el capital que abre y el que cierra el ciclo. Tal es el modo capitalista de organizar la producción social.

El capital no es sino la forma histórica específica en que la capacidad para organizar el trabajo de la sociedad se pone en marcha como atributo portado en una cosa producto del trabajo social anterior, con el fin inmediato de producir más de

³Marx, Carlos, op. cit., secciones segunda y tercera.

esa capacidad para organizar el trabajo social como atributo del producto material del trabajo anterior. El capital se encuentra determinado así como el sujeto concreto inmediato de la producción y el consumo sociales. Las potencias productivas del trabajo social sólo existen como potencias del capital. La producción social se encuentra regida por una relación social general producida en el propio proceso de la producción material, que impone la constante expansión de esta producción material sin más necesidad inmediata que la de producir más de sí misma como relación social general materializada. Con lo cual renueva constantemente la necesidad de su producción en escala ampliada.

La realización del trabajo social de manera privada e independiente encierra un violento desdoblamiento respecto de la apariencia inmediata que presentaba al considerar a la mercancía como simple producto del trabajo, y no del trabajo enajenado en el capital. Por un lado, el trabajo directo queda en manos del obrero doblemente libre. Este obrero es un individuo libre porque conserva la autonomía de su voluntad como poseedor de la única mercancía que tiene para vender, su propia fuerza de trabajo. Pero, al mismo tiempo, es un individuo libre en cuanto se encuentra separado de los medios necesarios para poner esa fuerza de trabajo en acción por su cuenta. Esta libertad de doble cara conserva para la conciencia y voluntad del obrero la necesidad de aplicarse al control del propio trabajo individual, como condición para que su fuerza de trabajo conserve su aptitud mercantil. Por el otro lado, el capitalista encarna las potencias de la mercancía determinada como capital, o sea, las potencias del trabajo social. De modo que el ejercicio por el obrero doblemente libre de su conciencia y voluntad en la organización de su propio trabajo individual incluye el someterse consciente y voluntariamente a la autoridad del capitalista dentro del proceso de trabajo.

La asignación de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo sus formas concretas útiles a través de la forma de mercancía tomada por el producto del trabajo social presupone la ausencia de toda relación directa que someta la voluntad de un individuo a la de otro. Pero ahora vemos que el más puro cambio de mercancías que caracteriza de manera específica al modo de producción capitalista –la compraventa de la fuerza de trabajo– engendra por sí una relación directa de sometimiento de la voluntad del obrero a la del capitalista. Se trata de una relación directa que alcanza a la universalidad del vínculo establecido de manera indirecta entre capitalistas y obreros a través de la compraventa de la fuerza de trabajo. Por lo tanto, no se trata de una relación de sometimiento de una persona a otra, sino de una personificación de mercancías a otra. Sin embargo, no se trata de una relación que vincula al capitalista y al obrero de manera general. Sólo rige al interior de cada proceso de trabajo realizado de manera privada e independiente, y mientras dura la jornada de trabajo por la cual se ha vendido la fuerza de trabajo.

Del simple productor directo que rige por sí mismo su trabajo individual de manera privada e independiente al obrero doblemente libre media, pues, una mutilación en la capacidad para controlar el propio trabajo individual. Media, por lo tanto, una mutilación en el desarrollo de las potencias productivas del trabajo libre individual. Pero media, también, el desarrollo de la capacidad para controlar conscientemente el ejercicio del trabajo libre individual como una potencia colectiva. Se trata de una potencia colectiva que surge de la asociación del trabajador con el no trabajador que lo explota en una relación directa que, a su vez, se encuentra regida de manera general por la relación indirecta establecida mediante la compraventa de la fuerza de trabajo.

El capitalista ejerce la voluntad y la conciencia productiva de los obreros cuya fuerza de trabajo compra, bajo una forma concreta necesariamente antagónica. Pero no se trata simplemente del carácter antagónico general que encierra toda relación de sometimiento directo de la voluntad del trabajador a la del no trabajador que lo explota, cualquiera sea su forma social específica. El carácter antagónico de la relación directa establecida entre el obrero y el capitalista se encuentra determinado de manera históricamente específica como forma concreta de realizarse el valor de la mercancía fuerza de trabajo. Por lo tanto, se encuentra determinado como forma concreta de organizarse el trabajo social mediante su realización de manera privada e independiente.

El antagonismo entre vendedor y comprador de la fuerza de trabajo no concierne a éstos de manera individual. La igualdad de derechos jurídicos como poseedores de mercancías con que se enfrentan individualmente en la circulación, sólo puede resolverse mediante la fuerza. Y la competencia entre los obreros por vender individualmente su fuerza de trabajo so pena de no poder reproducir su vida natural, inclina necesariamente la balanza a favor del capitalista. Con lo cual, en lo que concierne puramente a la circulación individual, la fuerza de trabajo se encuentra condenada a venderse por debajo de su valor. Esta posibilidad resulta ciertamente fascinante para cada capital individual. Pero, desde el punto de vista de su conjunto, es decir, del capital total de la sociedad, se trata de una práctica que mina la capacidad de acumulación. Lo hace al agotar progresivamente la fuerza de trabajo a disposición del capital total de la sociedad.

La reproducción del capital social se realiza necesariamente, entonces, haciendo que la relación indirecta que los obreros individuales establecen entre sí como vendedores de la misma mercancía, la competencia entre ellos, tome forma concreta en su opuesto. Esto es, esa competencia toma forma concreta en una relación directa de cooperación, la solidaridad obrera mutua, en el proceso de circulación de su mercancía fuerza de trabajo. La venta de la fuerza de trabajo por su valor trasciende las potencias del obrero individual. Pero también trasciende las del colectivo de obreros recortado por el carácter privado de cada capital individual. Y

trasciende aun las de la suma de estos colectivos en cada esfera especial de la producción social. Lo mismo ocurre respecto de la representación de estos capitales por sus capitalistas. Por lo tanto, la compraventa de la fuerza de trabajo por su valor toma necesariamente forma concreta en la determinación de obreros y capitalistas, no ya simplemente como personificaciones antagónicas que se enfrentan de manera indirecta e individual a través de la compraventa de la fuerza de trabajo, sino como clases de personificaciones que se enfrentan entre sí de manera directa. Esto es, dicha compraventa se realiza tomando necesariamente la forma concreta de lucha de clases.

La forma de mercancía que toma la relación social general en el modo de producción capitalista lleva en sí la disolución de todas las relaciones directas de interdependencia personal, sustituyéndolas por relaciones indirectas de interdependencia general respecto de las cosas. Pero, vemos ahora que la realización de la acumulación del capital social engendra por sí misma una relación social directa entre los individuos que se enfrentan desde el mismo polo de la enajenación de sus potencias humanas como potencias del capital, a saber, la clase obrera y la clase capitalista. Y es esa misma organización autónoma general la que sólo puede realizar sus propias potencias tomando forma concreta a través de una relación social general directa que subsume a las que determinan a cada clase, la lucha de clases. No se trata ya de una relación directa circunscripta al interior del carácter privado e independiente con que se realiza cada porción de trabajo social. Se trata de que este carácter engendra necesariamente una relación directa de alcance universal.

Por lo tanto, en esencia, la lucha de clases es la acción consciente y voluntaria colectiva de alcance universal que realiza la organización del trabajo social de manera directa, como forma concreta específica de realizarse su organización inconsciente general por la acumulación del capital. El modo de producción capitalista muestra así que encierra una primera potencialidad histórica que le es específica. Se trata del establecimiento de una relación social de alcance universal por la cual la organización del trabajo social se rige por la acción consciente y voluntaria de los individuos. Pero determina a esta relación directa como forma concreta necesaria de la relación indirecta por la valorización del valor. Al hacerlo, el modo de producción capitalista muestra al mismo tiempo que encierra un límite específico al desarrollo de dicha relación directa.

1.4. La plusvalía relativa, o la revolución constante de la subjetividad productiva del obrero doblemente libre⁴

La clase obrera no puede dejar de enfrentarse todos los días a la capitalista por la realización del valor de su fuerza de trabajo. Este enfrentamiento es la única

⁴Marx, Carlos, op. cit., secciones cuarta a séptima, hasta el capítulo 23 inclusive.

forma que tiene para reproducir su fuerza de trabajo y, con ella, su vida natural. Sin embargo, por más triunfos que pueda acumular en este enfrentamiento, no revoluciona con ellos las bases materiales del desarrollo de las potencias del trabajo social. Claro está que tampoco las revoluciona la clase capitalista, por más que se esfuerce en representar estas potencias explotando a la fuerza de trabajo hasta la aniquilación. Recién lo logra en cuanto su voluntad actúa como personificación de la producción de plusvalía relativa. En pos de producir plusvalía relativa, el modo de producción capitalista lleva en sí la necesidad de revolucionar constantemente las condiciones técnicas de la producción social, sin más límite que la formalmente ilimitada valorización del valor. Con la producción de plusvalía relativa, el trabajo vivo no sólo se encuentra formalmente dominado por su propio producto, a cuyo servicio debe poner su conciencia y voluntad personificando las potencias sociales materializadas en el mismo. Aquí, el obrero se encuentra realmente subsumido en su propio producto, en cuanto éste mismo actúa como el sujeto social concreto que le impone la constante revolución de las condiciones materiales de su trabajo.

Sin embargo, el papel histórico que juega el modo de producción capitalista en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad no se limita a una abstracta revolución constante de las bases técnicas de la producción. La clave se encuentra en la forma concreta de esta revolución constante. Porque, así como obrero y capitalista no tienen más voluntad ni existencia social que como encarnaciones de las potencias del capital, la revolución técnica constante en que se realizan estas potencias revoluciona su determinación como sujetos sociales enajenados. Revoluciona, por lo tanto, su conciencia y voluntad.

La cooperación simple, en donde cada obrero ejecuta un proceso de trabajo íntegro y no diferenciado respecto del de sus compañeros, es la primera modalidad específica tomada por el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo como forma concreta de la producción de plusvalía relativa. El obrero individual del que partimos no sufre transformación alguna al interior de su propio proceso de trabajo. Pero, al mismo tiempo, emerge de este primer paso convertido en un miembro particular del colectivo de obreros que explota un capitalista. La capacidad del capitalista para controlar el ejercicio mismo del trabajo realizado por cada obrero individual se detiene en la exterioridad de este ejercicio. Hacia el interior del mismo no rige más subjetividad que la del obrero doblemente libre. Pero el capitalista personifica ahora las potencias del trabajo social en cuanto éstas se imponen, no ya sobre un mero proceso individual de trabajo, sino sobre un colectivo de trabajos individuales. En cuanto se imponen, por lo tanto, sobre un trabajo social en sí mismo.

La división manufacturera del trabajo supera las potencias de la cooperación simple para revolucionar la capacidad productiva del trabajo como forma concreta de producir plusvalía relativa. Lo hace transformando al obrero en un sujeto co-

lectivo que integra la tarea parcial realizada por cada obrero individual, al interior mismo del proceso de trabajo. El obrero individual pierde con ello toda capacidad para controlar de manera íntegra el proceso de trabajo en que participa. Conserva, sin embargo, el control subjetivo pleno de la porción de ese proceso que pasa materialmente por sus manos. Pero esta capacidad que conserva se convierte en una base renovada para la mutilación de la universalidad potencial de su fuerza de trabajo. Es al precio de semejante mutilación, que el obrero doblemente libre ve convertirse las potencias de su trabajo individual en potencias de un trabajo directamente colectivo. Por su parte, la capacidad del capitalista para controlar conscientemente trabajo social penetra ahora en el proceso de trabajo mismo. Este requiere ahora la asignación proporcional y la coordinación de las distintas tareas parciales que lo componen.

El sistema de la maquinaria, propio de la gran industria, supera todas las trabas que la intervención de la subjetividad del obrero individual en la ejecución de su proceso de trabajo puede imponer a la extracción de plusvalía. El obrero individual en activo tiende a recuperar su universalidad potencial sólo porque el capital ha borrado su subjetividad del proceso de producción. Pero, lejos de recuperar su capacidad para controlar la integridad del proceso de producción en que actúa, la capacidad para hacerlo se enfrenta al obrero como un atributo objetivado en la maquinaria. La enajenación de las potencias del trabajo humano como potencias del capital ha alcanzado así la expresión más desarrollada que le cabe respecto del trabajo productivo.

El obrero colectivo de la gran industria arranca teniendo su organicidad dada en su condición de apéndice del sistema de maquinarias. A su vez, convertido en el sujeto materializado del proceso de producción, el sistema de maquinarias tiene su propia organicidad determinada por la capacidad objetivada para organizar este proceso de manera íntegra. Y esta capacidad objetivada sólo puede ser el producto de un conocimiento que alcanza a la integridad de los procesos naturales sobre los que va a operar la maquinaria, de manera correspondientemente objetiva. La ciencia es, pues, la forma concreta necesaria de producirse la capacidad para organizar el proceso de trabajo del obrero colectivo de la gran industria. La producción de esta capacidad, el ejercicio de la misma en la organización práctica del proceso de producción en sentido restringido, y éste en sí mismo, son los tres momentos necesarios en la ejecución de la unidad que constituye el proceso de producción propio de la gran industria.

Cuando el obrero doblemente libre consume sus medios de vida, no hace sino reproducirse como tal. De modo que su voluntad y su conciencia tienen por toda determinación material el convertirlo, un día con otro, en un vendedor forzado de su fuerza de trabajo, que debe luego aplicar productivamente de manera consciente y voluntaria al servicio del capital. El siervo y el esclavo eran trabajadores

forzados por la coacción directa que ejercía sobre ellos el no trabajador; el obrero asalariado es un trabajador forzado por la coacción que ejerce sobre él su propia libertad de doble cara. La condición de individuo privado e independiente que conserva para sí el obrero doblemente libre no es sino la forma concreta necesaria en que se realiza su determinación como trabajador forzado cuyo producto se le enfrenta como una potencia ajena que lo domina. La libertad individual que, al mismo tiempo, resulta impotente para controlar el carácter social del trabajo que rige, es la forma concreta necesaria en que se organiza este trabajo como un atributo perteneciente a su propio producto, cuando éste actúa como la relación social general materializada que se ha constituido en el sujeto concreto de la vida social. Por lo tanto, dicha libertad individual es la forma ideológica necesaria de organizarse el trabajo forzado propio del modo de producción capitalista. En este modo de producción, el obrero es un individuo libre sólo porque nace a su vida natural ya determinado como un individuo cuyas propias potencias sociales le son ajenas. Cuanto más se ve el obrero a sí mismo como un individuo abstractamente libre, es decir, como un individuo cuyas potencias sociales brotan de su sola condición de sujeto libre, más prisionero se encuentra de encarnar las potencias del capital que necesitan tomar forma concreta en la negación de la organización consciente de la vida social. Por su parte, el capitalista sólo se afirma como individuo libre en cuanto personifica la necesidad de su capital de acumularse.

El incremento de la capacidad productiva del trabajo para producir plusvalía relativa transforma paulatinamente al obrero productivo en un obrero colectivo vacío de subjetividad al interior del proceso de trabajo en sentido restringido. Al mismo tiempo, presupone la concentración creciente del capital capaz de poner en acción a cada obrero colectivo. Por lo tanto, crece la escala de los fragmentos de trabajo social, organizados de manera privada con independencia uno de otro, que realiza cada obrero colectivo bajo el control del capital individual que lo recorta. Y este crecimiento no sólo tiene lugar en términos absolutos, sino respecto de la participación abarcada por cada capital individual dentro de la esfera especial de la producción en que opera.

El incremento de la tasa de plusvalía mediante el desarrollo de la maquinaria tiene por condición el crecimiento del capital constante a expensas del crecimiento del capital variable. El crecimiento del capital variable a una velocidad cada vez más lenta respecto del crecimiento del capital total tiene un efecto inmediato sobre la subjetividad productiva de la clase obrera. Transforma a una porción creciente de ésta en población sobrante para el capital. Pero el capital es la relación social a través de la que la población obrera organiza forzosamente la producción general de su vida. De modo que, al transformar a esta población obrera en sobrante para él, el capital la despoja del vínculo social portador de la capacidad de la misma para producir su propia vida natural. El capital, producto del trabajo social de la

población obrera, priva a ésta de su capacidad para participar en la realización del trabajo social. Esto es, el capital, realización del ser genérico humano de la población obrera, despoja de su mismo ser genérico humano a la población obrera que determina como sobrante. La condena así a muerte. Tal es el grado en que el capital se erige en el sujeto concreto de la vida social, enfrentándose a sus propios productores como una potencia que les es ajena.

Hasta aquí, la necesidad del capital de revolucionar constantemente las condiciones materiales de producción no ha mostrado tener más potencia histórica que la degradación de la subjetividad productiva de la clase obrera. La convierte en apéndice de la maquinaria, cuando no la arrasa de manera absoluta. Esa revolución constante aparece no habiendo hecho más que transformar las fuerzas productivas del trabajo libre individual en potencias del trabajo social materializado, a expensas de despojar a los obreros de toda capacidad para poner en acción por sí mismos la producción social. La propia conciencia y voluntad productiva del obrero colectivo recortado por cada capital individual se enfrentan a este obrero mismo como atributos encarnados en la subjetividad del capitalista que compra la fuerza de trabajo de sus integrantes individuales. Podría parecer, entonces, que el capital ha vaciado a la clase obrera de toda potencia histórica que trascienda la reproducción de la plusvalía relativa.

Sin embargo, falta considerar aún lo que ocurre dentro de las otras dos etapas que integran el proceso productivo de la gran industria. O sea, lo que ocurre con la producción del control científico sobre las fuerzas naturales y sobre la aplicación productiva de éstas. El desarrollo de estas tareas en la escala correspondiente a la gran industria escapa de las potencias subjetivas del capitalista. El capital social necesita entonces producir un nuevo tipo de obrero doblemente libre cuya subjetividad productiva sea apta para desarrollar estas tareas, las cuales conforman la producción y ejercicio de la conciencia y voluntad productiva del obrero colectivo. Este se encuentra integrado, así, por los obreros que participan directamente en el proceso de trabajo en sentido restringido y los obreros cuyo trabajo consiste en organizar científicamente ese proceso. Así como el obrero individual ha perdido el dominio respecto de la integridad del proceso de trabajo en que participa, este dominio muestra ahora haber dado el primer paso de su desarrollo como un atributo del obrero colectivo. Aunque, como atributo enajenado, no hace más que reproducir la fragmentación que reina dentro del obrero colectivo entre sus distintos órganos especializados. Mientras el capital necesita degradar la subjetividad productiva de la primera porción del obrero colectivo hasta arrasar con ella, necesita desarrollar la de la segunda porción habilitándola para realizar un trabajo cada vez más complejo.⁵

⁵En *El capital*, Marx desarrolla plenamente las dos primeras determinaciones de la subjetividad productiva de la clase obrera. En cambio, apenas esboza el desarrollo de esta tercera determinación (op.

De hecho, *con el desarrollo de la producción en base al sistema de maquinarias, el proceso de trabajo mismo experimenta una transformación en su naturaleza. No consiste ya esencialmente en la aplicación de la fuerza humana de trabajo sobre su objeto para transformarlo. Pasa a tener su eje en la aplicación de la fuerza humana de trabajo al control científico de las fuerzas naturales y a la objetivación del mismo como un atributo de la maquinaria, de modo de hacer actuar automáticamente a las fuerzas naturales sobre el objeto para transformarlo.*

cit., pp. 347-348). Puede parecer, entonces, que hay un bache entre la degradación y privación de subjetividad productiva y la constitución de la capacidad de la clase obrera para organizar conscientemente la vida social. De todos modos, Marx remarca en *El capital* cómo la maquinaria transforma la materialidad del trabajo productivo para el capital, en cuanto el obrero colectivo incorpora el ejercicio de su propia conciencia productiva objetiva (op. cit., p. 425). Al mismo tiempo, deja en claro que el desarrollo científico escapa completamente a la subjetividad de la clase capitalista, que no sabe sino apropiarse gratuitamente de sus frutos (op. cit., p. 316). Ya en el Tomo III, muestra el desplazamiento del capitalista por el trabajador asalariado en la gestión del capital individual, aunque no lo presenta brotando del desarrollo de la materialidad del trabajo sino de la separación formal entre el capitalista como propietario y el capitalista en funciones (*El capital*, Tomo III, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, pp. 370-371). Pero sólo en los *Grundrisse* Marx avanza desplegando abiertamente la necesidad del desarrollo de la tercera subjetividad productiva con la transformación material del proceso de trabajo que genera el sistema de la maquinaria. La pone así en evidencia como aquella cuya materialidad porta de manera directa la necesidad del capital de aniquilar a sí mismo en su propio desarrollo (*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, Vol. 2, Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1972, pp. 227-230 y 236-237). Sin embargo, Marx no presenta aquí a la clase obrera como el sujeto concreto necesario del desarrollo de la conciencia científica. Por el contrario, Marx presenta este desarrollo como el producto del trabajo «general del espíritu humano», al que contrasta con el trabajo del obrero colectivo (*El capital*, Tomo III, op. cit., p. 115). Más aún, pone como condición para el desarrollo de la conciencia científica el crecimiento de la población en general, distinguiendo este crecimiento de manera específica del de la clase obrera (*Elementos fundamentales...*, op. cit., p. 308).

La producción de la conciencia, y más específicamente de la conciencia objetiva que avanza en el dominio sobre las fuerzas naturales y sobre las formas sociales de organizar este dominio, es la expresión más plena del trabajo humano. Es, por lo tanto, la expresión más plena de la forma natural específicamente humana de la vida. Sin embargo, Marx se enfrenta todavía a la producción del pensamiento científico bajo la forma concreta inherente a la división social entre el trabajador y el no trabajador que ejerce la conciencia productiva del primero. Apenas ha comenzado a manifestarse prácticamente la necesidad capitalista del desarrollo de la conciencia objetiva como forma general del trabajo que lleva en sí la aniquilación de dicho ejercicio. Es en estas condiciones que el propio Marx llega a referirse a la producción del pensamiento científico como a una actividad contrapuesta al trabajo (*Elementos fundamentales...*, op. cit., p. 229).

En tiempos de Marx, el desarrollo de la conciencia científica como atributo inherente de manera exclusiva a la subjetividad obrera apenas comenzaba a desarrollarse. Por eso no había modo de enfrentarse a las determinaciones concretas de su sujeto. Hoy, dar cuenta del desarrollo de este sujeto es clave para cualquier programa revolucionario de la clase obrera. De hecho, la cuestión de las formas concretas de constituir la acción unitaria como clase obrera de las tres subjetividades productivas en que el capital fragmenta a ésta constituye actualmente el punto de partida de la organización política de la clase obrera en pos de sus intereses generales.

Cuanto más avanza esta transformación en la materialidad del trabajo, más necesita el capital social producir un obrero portador de una subjetividad productiva universal, capaz de controlar y organizar las fuerzas naturales cualquiera sea la forma concreta de éstas que se ponga en acción en cada caso. En pocas palabras, cuanto más se desarrolla la acumulación de capital, más necesita el capital social producir un obrero individual universal, no ya por la degradación de su subjetividad productiva, sino por la multiplicación de ésta. Aunque, por supuesto, el capital contrarresta constantemente esta tendencia general suya. Lo hace al convertir cada avance en el control sobre las fuerzas naturales en un nuevo atributo objetivado en la maquinaria, simplificando así el trabajo que lo ejerce.

La necesidad de organizar la producción de manera científica, con una complejidad y escala que superan toda subjetividad individual, alcanza igualmente al proceso de circulación del capital. El obrero colectivo recortado por cada capital individual desarrolla entonces un órgano especializado, a cargo de esta tarea improductiva. Por su parte, el hecho de que el obrero colectivo tenga en sus manos la organización íntegra de su proceso material de trabajo al interior de cada fragmento privado del capital total de la sociedad, no modifica ni en un ápice el carácter antagónico de la relación que establecen sus miembros con el capital en torno a la realización del valor de la fuerza de trabajo. Pero la subjetividad del capitalista también se ve superada por el carácter científico y la escala que adquiere el ejercicio del control coactivo sobre los obreros que emplea. El capital invierte entonces a otro órgano especializado del mismo obrero colectivo con la capacidad de ejercer esa conciencia y voluntad coactiva colectiva. El obrero colectivo viene a poseer así la capacidad de coaccionarse a sí mismo como personificación del capital para extraer plusvalía de su propio cuerpo. La libre conciencia y voluntad del obrero individual, o sea, su capacidad para organizar por sí su propio proceso de trabajo, condición para su coacción por el capital, se encuentra desarrollada ahora también como un atributo del obrero colectivo. Por último, la capacidad subjetiva del capitalista se ve superada incluso en cuanto personificación del capital como movimiento genérico del valor substantivado que engendra más valor. O sea, la subjetividad del capitalista se ve superada incluso en cuanto portadora de la conciencia y voluntad de la forma de privado con que se realiza el trabajo social en el modo de producción capitalista. El obrero colectivo desarrolla una nueva porción de su cuerpo destinada a actuar como órgano especializado que personifica al capital en su pureza como tal.

Por supuesto, en cuanto en este proceso de expansión de su subjetividad enajenada en el capital, el obrero colectivo abarca la coacción sobre sí mismo y la representación del capital en su pureza como tal, los obreros individuales a cargo de estas tareas aparecen ante sí mismos y los demás como la negación misma de lo que son; a saber, miembros de la clase de los individuos libres que sólo cuentan

con su fuerza de trabajo como mercancía para vender, o sea, miembros de la clase obrera. Al mismo tiempo, la relación antagónica general entre quienes personifican a la fuerza de trabajo y quienes personifican al capital penetra al interior de la propia clase obrera.

Pero, por sobre toda apariencia y antagonismo interno, se pone de manifiesto que el obrero colectivo ha recuperado para sí lo que el mismo movimiento del capital que lo engendra les ha quitado a los obreros individuales doblemente libres que lo integran, a partir de sus atributos como productores independientes uno de otro capaces de organizar sus trabajos individuales de manera privada. El obrero colectivo puesto en acción por cada capital individual es, en su unidad, un productor que rige su trabajo de manera privada con independencia de la acción de los demás, y cuya conciencia y voluntad se encuentran determinadas como personificación de las potencias sociales del producto de su trabajo, el capital.

Al comienzo, nos enfrentábamos al productor de mercancías en el modo de producción capitalista como un individuo libre –por no estar sometido al dominio personal de nadie– que como tal realizaba su trabajo social de manera privada e independiente. Esto es, teniendo dominio pleno sobre el carácter individual de su trabajo pero careciendo de todo control sobre el carácter social del mismo. Por ello, debía someter su conciencia y voluntad de individuo libre al dominio de las potencias sociales del producto material de su trabajo, la mercancía: tenía que producir valor. Su conciencia y voluntad libres eran la forma concreta de su conciencia y voluntad enajenadas en la mercancía.

Ahora, vemos que, *con el desarrollo de la producción de plusvalía relativa mediante la maquinaria, el productor de mercancías es un individuo colectivo –formado por obreros doblemente libres, en el sentido de no estar sometidos al dominio personal de nadie y de estar separados de los medios de producción necesarios para producir su vida por su cuenta– que realiza su trabajo de manera privada e independiente. Como tal productor privado independiente tiene dominio pleno sobre su proceso individual de trabajo en tanto sujeto colectivo pero carece de todo control sobre el carácter social general del mismo. Por ello, debe someter su conciencia y voluntad de colectivo de individuos libres al dominio de las potencias sociales del producto material de su trabajo, el capital: tiene que producir plusvalía. La conciencia y voluntad libres de los miembros del obrero colectivo son la forma concreta de su conciencia enajenada en el capital.*⁶

⁶Las fuerzas productivas del trabajo social no tienen más modo concreto de realizarse que como fuerzas productivas de los trabajos individuales. Cada modo de producción sintetiza una determinada relación entre el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social y el desarrollo de los atributos productivos individuales. Desde sus orígenes y por más de dos millones de años, el desarrollo de las fuerzas productivas sociales se encuentra portado por el desarrollo de las fuerzas productivas de un trabajo individual regido por relaciones personales basadas en el reconocimiento mutuo de la pertenencia a la misma comunidad. Esta modalidad de desarrollarse las fuerzas productivas sociales se

organiza, necesariamente, sobre la base de la propiedad social de los medios de producción, en cuanto éstos corresponden al alcance inmediatamente social del trabajo. Se trata, pues, de un comunismo cuyo carácter primitivo está dado por el alcance mismo de las relaciones de mutua dependencia personal.

Ya en esta etapa histórica, las fuerzas productivas del trabajo social se multiplican en base a la división del mismo entre quienes realizan el trabajo manual inmediato y quienes ejercen la conciencia productiva del carácter social del trabajo de los miembros de la comunidad. Llega entonces el momento en que el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social da un salto adelante al convertir el ejercicio de la organización inmediatamente social del trabajo en el monopolio de una porción de la sociedad. Esta porción priva a los restantes miembros de la sociedad de la posibilidad de actuar como portadores de la conciencia productiva social, y les impone la realización del trabajo manual mediante la fuerza. El productor directo mismo se convierte, así, en propiedad de quien ejerce la organización general del trabajo social. Con lo cual, tanto los medios de producción de uso inmediatamente social como los medios de producción cuya utilización reviste un carácter inmediatamente individual, pasan a ser la propiedad del propietario del trabajador. Se trata del modo de producción esclavista.

Este modo de producción multiplica el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo realizado de manera inmediatamente colectiva. Pero este desarrollo se realiza a expensas de coartar las potencias productivas individuales del productor directo, del esclavo, al mutilarlo en su personalidad. Transcurridos menos de cinco mil años, el propio desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad logrado por el trabajo esclavo hace que dicha mutilación comience a manifestarse como una traba absoluta a su continuidad. Comienza, entonces, el proceso de recuperación para el trabajador manual del control sobre su proceso individual de trabajo. Esta reversión implica el deterioro de las fuerzas productivas del trabajo inmediatamente social. Por lo tanto, el desarrollo de este nuevo modo de organizar la producción social se presenta necesariamente como un período de retroceso, tanto en lo que hace al ejercicio colectivo del trabajo manual como al desarrollo de la conciencia capaz de regirlo. Pero, al mismo tiempo, para que avance en el ejercicio del control sobre su trabajo individual, el productor directo no puede ser ya de propiedad de quien controla coactivamente el trabajo social. Sólo puede serlo su medio básico de producción, la tierra, mientras el productor directo se encuentra sometido a relaciones de dependencia personal que lo atan a ella y lo fuerzan a producir para el no trabajador. El desarrollo del modo de producción esclavista engendra, así, al modo de producción feudal. Van a bastar menos de mil años para que las potencias productivas del trabajo social organizado de manera feudal muestren abiertamente su limitación histórica en razón del carácter aún mutilado de las potencias productivas del trabajador individual sometido a las relaciones coactivas de subordinación personal. Pero ya dentro de la propia época feudal se pone en evidencia el alcance de las potencias productivas del trabajo individual no sometido a coacción directa. Lo hace en las figuras del campesino y el artesano libres. Como individuos libres de toda relación de dominación personal, realizan su trabajo de manera privada e independiente. Al ejercicio pleno del control sobre sus trabajos individuales corresponde la propiedad privada de sus medios de producción basada en el propio trabajo. Son, por lo tanto, los portadores plenos del desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social realizado como un trabajo individual aislado. Visto a la inversa, son los portadores plenos de la mutilación absoluta de las fuerzas productivas del trabajo social realizado inmediatamente como tal. El modo de producción capitalista es la forma históricamente necesaria en que se socializa este trabajo libre individual a través del desarrollo de su condición de trabajo privado. Parte, pues, de la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción basada en el propio trabajo, para convertirla en una propiedad privada basada en la extracción gratuita de trabajo libre ajeno:

Quando no se limita a convertir directamente al esclavo y al siervo de la gleba en obrero asalariado, determinando por tanto un simple *cambio de forma*, la acumulación originaria significa pura y exclusivamente la *expropiación del productor directo*, o lo que es lo mismo, la *destrucción de la propiedad privada basada en el trabajo*. (Marx, Carlos, *El capital*, Tomo I, op. cit., p. 647)

1.5. Concentración y estado, o la plenitud de las potencias productivas del trabajo social realizado como trabajo privado

La reproducción de la plusvalía relativa impone el crecimiento relativo y absoluto de cada uno de los fragmentos del trabajo total de la sociedad cuya ejecución privada se encuentra conscientemente organizada por el propio obrero colectivo que lo realiza. Bajo su forma concreta de acumulación capitalista, la ampliación del espacio abarcado por el trabajo social conscientemente organizado se realiza mediante la concentración y centralización progresiva de los capitales individuales. Claro está que, en cuanto la organización del trabajo social trasciende del alcance de cada capital individual, la forma de mercancía se hace presente de manera directa como la portadora de esa organización. El plan consciente que organiza el trabajo del obrero colectivo al interior de cada capital individual no es sino la forma concreta necesaria de realizarse la acumulación del capital, o sea, de realizarse la organización inconsciente general del trabajo social mediante la valorización del valor. El capital no es sino la relación social materializada que se yergue como el sujeto concreto del proceso de vida social. Por lo tanto, la condición de sujeto es un atributo inherente al capital social mismo, forma específica con que se representa el producto del trabajo social en su unidad. Este sujeto toma forma concreta en los capitales individuales, determinados como materializaciones privadas de trabajo social. La formación de la tasa general de ganancia es la manera acabada en que el capital social realiza su condición de sujeto concreto de la producción social. Esa formación no es sino el modo de asignarse la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo sus distintas formas concreta útiles por medio de la afirmación de los capitales individuales como partes alicuotas del capital social.⁷

Sin embargo, para asignar la capacidad total de trabajo, al capital social no le alcanza con la organización de los trabajos privados regida por el movimiento de los capitales individuales en la formación de la tasa general de ganancia. La propia acumulación del capital social alcanza el límite de esta organización autónoma tan pronto como el ejercicio privado de la conciencia y voluntad que personifica a los capitales individuales atenta contra las condiciones de la reproducción general del proceso de acumulación. La asignación del trabajo social necesita entonces ser realizada de manera directa por el capital social, y no simplemente a través del cambio de mercancías. Las potencias directas de la acumulación del capital social necesitan encarnarse, entonces, en un sujeto que enfrente a los capitales

Apenas unas centurias le alcanzan al modo de producción capitalista para desarrollar las fuerzas productivas del trabajo social de la manera revolucionaria que estamos viendo. Pero, también, para engendrar sus propias formas concretas de mutilar ese desarrollo.

⁷Nuestro proceso de reconocimiento ya ha avanzado por el curso abierto por Marx, Carlos, *El capital*, Tomo II, Fondo de Cultura Económica, México, 1973 y Marx, Carlos, *El capital*, Tomo III, op. cit., secciones primera y segunda.

individuales, no sólo como portador de una conciencia y voluntad independiente de la de ellos, sino que tenga la potestad de imponer la suya directamente por sobre ésta. Este representante político directo del capital social es el estado.

Su condición históricamente específica de representante político general del capital social determina al estado capitalista como el agente directo general de la reproducción de la explotación de la clase obrera. De modo que, ante todo, la personificación directa del estado como representante del capital social corresponde, por naturaleza, a la clase capitalista. Por el contrario, parecería que el personificar de manera directa al capital social no cabe en modo alguno entre las determinaciones de la clase obrera. Más bien, parecería que la clase obrera sólo puede personificar las necesidades del capital social mediante su lucha contra el estado a fin de forzar a éste a aplicar las políticas que imponen sobre los capitales individuales la compraventa de la fuerza de trabajo por su valor (valor que incluye obviamente la progresión misma hacia la producción del obrero universal).

Sin embargo, en la circulación, y por lo tanto, a la conciencia inmediata de la clase obrera, la realización del ciclo de acumulación del capital social a través de la compraventa de la fuerza de trabajo se presenta bajo la apariencia de ser la realización de la libertad, la igualdad, la propiedad basada en el propio trabajo, y el interés personal de todos los participantes. La enajenación de la conciencia y voluntad del obrero en el capital toma aquí la forma concreta de su opuesto, o sea, de la conciencia y la voluntad libres. Sobre la base de esta apariencia, la organización directa de la acumulación del capital social como forma concreta de realizarse la organización general indirecta de la vida social mediante esa acumulación, se presenta como una necesidad que atañe por igual a la clase capitalista y a la clase obrera. Se realiza entonces estableciendo la relación política (y por tanto directa) general de ciudadanía que abarca indistintamente a los miembros de ambas clases. La organización directa de la acumulación del capital social toma luego forma concreta en la acción política de la clase obrera, no simplemente en cuanto esta acción encarna el carácter antagónico de la relación capitalista, sino en cuanto ella se convierte en expresión positiva inmediata del proceso de acumulación del capital social. Pero, como que esta acción organizativa directa es realización de una necesidad del capital social, se enfrenta a la propia clase obrera que la realiza como lo que es, a saber, como una potencia enajenada que la domina. Esto es, se enfrenta a la propia clase obrera que la realiza como una potencia del representante político general del capital social, o sea, del estado.

El mismo desarrollo de la acumulación del capital social lleva la complejidad de su organización directa más allá de donde alcanza la capacidad subjetiva de los miembros de la clase capitalista para ejercer la representación política general del capital social. Esta es una tarea que muy tempranamente debe realizarse en gran escala sobre una base científica. Así como ocurre respecto de la personificación de

los capitales individuales, el capital social necesita producir a una porción de la clase obrera como los individuos que personifican su representación política general. No se trata ya de una porción de la clase obrera que representa políticamente al capital social de manera específica en cuanto éste lleva en sí la necesidad de reproducir a la fuerza de trabajo con los atributos materiales y morales que requiere de ella para valorizarse. Se trata ahora de una porción de la clase obrera que personifica políticamente al capital social en su integridad como tal. Lo cual quiere decir, sin ir más lejos, que este fragmento de la clase obrera tiene a su cargo el ejercicio, como una potencia directamente social, de la coacción directa sobre el resto de la clase obrera inherente a la relación antagónica que el capital tiene con ésta. Pero también quiere decir que otra porción del fragmento en cuestión tiene a su cargo el desarrollo, como una potencia directamente social, de la conciencia científica correspondiente al desarrollo de las fuerzas productivas materiales regido por la producción de plusvalía relativa. Lo cual quiere decir que esta misma porción tiene a su cargo la producción de la conciencia científica de la clase obrera como una potencia directamente social enajenada en el capital y, por lo tanto, bajo la forma concreta de su opuesto, la ideología. La apariencia de la independencia de la clase obrera respecto del capital se convierte así en el producto de la ciencia que ella misma produce.

Ya habíamos visto que, con el desarrollo de la gran industria, el productor directo –en su unidad de obrero colectivo– recobra para sí, y por lo tanto, como una potencia inmediatamente social al interior de sí mismo, la condición de personificación consciente y voluntaria del carácter social general de su trabajo. Aunque, por supuesto, este carácter sigue enfrentándolo como un atributo enajenado en su producto material. Así lo hace por seguir siendo, ahora hacia el exterior de la unidad de cada obrero colectivo, un trabajo social realizado bajo la forma concreta de trabajo privado. Vemos ahora que, por su relación directa como clase, y por lo tanto, como una potencia consciente y voluntaria directamente social al interior de la clase, los obreros doblemente libres logran lo que era imposible para los productores directos de simples mercancías. Esto es, logran intervenir de manera consciente y voluntaria en la asignación de su capacidad total de trabajo bajo las distintas formas concretas útiles de éste, en tanto esta asignación concierne de manera inmediata a la unidad social del producto de sus trabajos privados, o sea, al capital social. Sin embargo, el desarrollo histórico de los atributos específicos del productor libre de simples mercancías como atributos del obrero doblemente libre está lejos de haber liberado a éste de la enajenación de esos atributos suyos como potencias sociales materializadas en el producto de su trabajo. El obrero doblemente libre no es el sujeto concreto de su propio trabajo social. A la inversa, él mismo es el producto de las potencias sociales materializadas de su trabajo, o sea, de la forma de capital que tiene su propio producto.

Dentro de las determinaciones vistas hasta aquí, por más encarnizada que sea la lucha de clases o más democrático que sea un estado, la enajenación de las potencias del trabajo humano como potencias de la relación social general materializada no ha retrocedido ni en un ápice. Todas las potencias del ser genéricamente humano se enfrentan a éste como potencias enajenadas en el capital. La propia conciencia y voluntad de los obreros que alimentan al capital con el plustrabajo que éste les arranca se encuentran enajenadas en él, no ya simplemente en tanto deben someterse a esta explotación, sino en tanto se encuentran determinadas activamente como la personificación positiva de la misma. Es por este camino que la acumulación del capital social toma necesariamente forma concreta mediante la organización directa del trabajo social por el estado. Y, a su vez, esta organización directa tiene a la acción política de la clase obrera como forma concreta necesaria de realizarse. La clase obrera no tiene de dónde sacar más potencia para enfrentar a la burguesía en la lucha de clases, que la que le da el ser personificación de las potencias del capital social en cuanto la acumulación de éste choca contra el carácter privado de los capitales individuales.

1.6. Inversiones idealistas

A esta altura podría parecer que, si la clase obrera no tuviera más determinación que como atributo del capital, sería impotente para superarlo. Desde este punto de vista, la potencialidad para tal superación debería brotar de una fuente, de «un otro», opuestos al capital mismo. Detengamos por un momento nuestro avance y consideremos esta cuestión.

En primer lugar, podría parecer que la necesidad de superar el modo de producción capitalista ha de brotar de un imperativo ético, moral. Se trataría de superar la «injusticia» capitalista que brota en contraposición con un «derecho», una «justicia», una «igualdad» socialmente naturales,⁸ cuando no divinos. O, más pretenciosamente, de la realización de la «dialéctica de la eticidad»,⁹ o del «aumento en la autodeterminación interna o moralidad propia» mediante la educación.¹⁰ Pero la ética, la moral, el derecho, no son los abstractos productos del «libre espíritu humano». Los productores de mercancías tienen la necesidad práctica de verse a sí mismos como individuos cuya acción parte de su independencia mutua inmediata. Necesitan, por lo tanto, presentarse a su propia conciencia como individuos esencialmente libres por naturaleza. Su interdependencia social general, su propio ser

⁸Berstein, Eduard, *Socialismo teórico y socialismo práctico. Las premisas del socialismo y la misión de la social democracia*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1966, p. 157. Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Verso, London, 1985, pp. 180-181.

⁹Habermas, Jürgen, *Conocimiento e interés*, Taurus Ediciones, Madrid, 1982, p. 67.

¹⁰Mezaros, István, *Marx's Theory of Alienation*, Merlin Press, London, 1986, pp. 188-189.

social, se les presenta invertido como un límite exterior impuesto sobre su abstracta libertad natural. La ética es la pura representación ideológica, teórica, del ser social puesto por naturaleza como una determinación exterior al individuo. Está tan históricamente determinada como sus contrapartes prácticas, tanto la subjetiva –la moral– como la socialmente objetivada –el derecho–. Todas ellas son las formas concretas de la conciencia enajenada. La organización general indirecta de la producción social por el capital se realiza necesariamente tomando en ellas la forma concreta de relaciones directas entre las personas, a partir de la apariencia de independencia individual mutua. Son, por lo tanto, relaciones sociales que realizan la enajenación de las potencias humanas como atributos del producto material del trabajo. La superación del modo de producción capitalista no implica un cambio de contenido de estas relaciones sociales. Implica su aniquilación. Cuando se las invierte como causa de la potencialidad revolucionaria de la clase obrera, ésta es presentada como si no tuviera más potencia para superar al modo de producción capitalista que la que le pudiera dar el desarrollo abstracto de una conciencia incapaz de trascender de la enajenación capitalista misma. El espíritu «igualitario y solidario» que embellece a la ética, la moral y el derecho del «hombre nuevo» oculta así la verdadera determinación histórica. Es decir, oculta el hecho de que la superación del modo de producción capitalista sólo puede resultar de un cambio en la materialidad misma del proceso de trabajo que, a su vez, tenga por condición igualmente material el ser regido por una conciencia capaz de superar toda apariencia enajenada.

Ante la impotencia que brota de esta crítica aparente, puede parecer que la respuesta se encuentra en el carácter antagónico de la relación entre explotadores y explotados en que se realiza el valor de la fuerza de trabajo. Puede parecer, así, que este carácter antagónico, la lucha en la que la clase obrera se constituye como tal, es el que convierte por sí a ésta en un sujeto revolucionario poseedor de la potencia necesaria para superar el modo de producción capitalista. El límite histórico de éste tendría su necesidad dada por la acumulación de experiencia en esa lucha hasta el punto de transformarse por sí en la conciencia de la capacidad como clase para organizar la generalidad del trabajo social de manera directamente consciente.¹¹ Sin embargo, esta concepción empieza por dejar de lado la fuente material del desarrollo de la conciencia que es específicamente propia de la clase obrera; o sea, el desarrollo material de la subjetividad productiva específicamente suya. La reemplaza por la mera especificidad formal de la relación entre el no trabajador explotador y el trabajador explotado en el capitalismo. Esto es, empieza por sustituir la subsunción real del obrero en el capital por su subsunción formal, como determinante de las potencias revolucionarias específicas de la clase obrera. Tan

¹¹Lukács, Georg, *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*, Editorial Grijalbo, México, 1969, p. 83.

vacía de determinación material se torna así la especificidad histórica del capitalismo, que se llega incluso a invertir la determinación de la relación antagónica entre el trabajador y el no trabajador. En esta inversión, las distintas modalidades que toma a lo largo de la historia la separación de la sociedad en trabajadores explotados y no trabajadores que explotan el trabajo ajeno no son las formas concretas necesarias de organizarse el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social en tanto este desarrollo sólo puede realizarse a expensas del desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo individual. Por el contrario, se presenta a la historia humana como teniendo por esencia el desarrollo de las modalidades de explotar el trabajo ajeno. La especificidad histórica del capitalismo se reduce así a que él es la forma acabada de esa explotación, al imponer el hambre insaciable de plusvalía como el objeto de la producción social. Para esta concepción, la lucha de clases no es la relación social de producción en la que toma forma concreta necesaria el desarrollo de las potencias productivas materiales del trabajo social a partir de las potencias productivas del trabajo individual aislado. Al contrario, como ocurre en la versión de Holloway, esta forma material del proceso de producción social aparece invertida como si ella fuera una forma concreta específica del desarrollo de la lucha de clases.¹² Con lo cual, el fin de la lucha de clases, o sea, la necesidad de la aniquilación del modo de producción capitalista, aparece otra vez vaciado de su determinación concreta por la transformación de la materialidad del proceso de producción social. Otra vez, la conciencia enajenada ha dejado de ser la forma concreta históricamente necesaria de organizarse el proceso de metabolismo natural entre la sociedad y su medio. Aparece invertida como el sujeto cuyo desarrollo abstractamente libre determina la modalidad material de ese proceso.

Puede parecer, también, que las potencias revolucionarias de la clase obrera no pueden brotar de la subsunción del obrero en el capital sino, al contrario, de manera exterior a ella. Desde este punto de vista, parecería que si el capital fuera el que determinara la conciencia obrera, si fuera el todo en la determinación de la clase obrera, ésta no tendría de dónde sacar fuerzas para liberarse de él. Parecería así que la capacidad de la clase obrera para superar el modo de producción capitalista sólo puede provenir de su «autonomía» respecto de éste. Sin embargo, el capital es la relación social general de la clase obrera, o sea, el modo general en que ésta –lo quiera o no– organiza la producción social de su vida. Y esta relación social general suya se ha invertido como el sujeto concreto objetivado de la producción social. Tanto determina el capital a la clase obrera como atributo suyo que es capaz de privar a una parte creciente de la misma de su vida natural. De modo que, para tener una potencia revolucionaria ajena al modo de producción

¹²Holloway, John, «The Great Bear: Post-Fordism and Class Struggle», Werner Bonefeld y John Holloway (eds.) *Post-Fordism & Social Form: A Marxist Debate on the Post-Fordist State*, Macmillan, London, 1991, p. 100.

capitalista que pudiera imponer sobre éste, la clase obrera tendría que ser portadora de una relación social aún más general que dicho modo de producción, de la cual surgiera esa potencia. O, dicho de otra manera, el capital no debería ser la relación social general de la clase obrera, sino una forma concreta de un modo de organizar la producción de la vida humana más genérico que él mismo. Como es más que evidente que tal relación social no existe, las concepciones acerca de la autonomía de la conciencia obrera siguen dos caminos. El primero consiste en fundar las potencias revolucionarias de la clase obrera en un espíritu libertario o igualitario, un deseo de recuperar el «sentido» del trabajo, imputados a una abstracta naturaleza humana. Espíritus y deseos a los que se adorna con la potencia suficiente como para pasar por encima del modo en que realmente la humanidad ha sido capaz de organizar su vida material hasta el presente. Así, surge por caso la «autovalorización» que propone Negri a la clase obrera.¹³ El segundo camino consiste en rebajar la supuesta autonomía de la conciencia obrera a la condición de «relativa». Todo el secreto de la autonomía relativa se reduce a afirmar que la acumulación de capital determina a la conciencia obrera, pero que, a su vez, la conciencia obrera influye sobre la acumulación de capital, aunque ésta la determina en última instancia. Así, la conciencia de la clase obrera ha dejado de ser una forma concreta necesaria de realizarse la relación social general. Esta unidad ha sido reemplazada idealmente por un ir y venir exterior. Tanto, como para que hasta quepa el intento de explicar la autonomía relativa por el movimiento de un perro encadenado a un poste. Por este camino, se acaba concluyendo que todo determina a todo y, por lo tanto, que nada determina a nada. Borrada así toda necesidad real, se pasa a afirmar, como hace Althusser, que la acción revolucionaria es aquella provista de una «doctrina» revolucionaria, y que ésta es tal si promueve la acción revolucionaria.¹⁴ Una vez más, la superación del modo de producción capitalista aparece teniendo su necesidad reducida al abstracto desarrollo de la conciencia.

Estas concepciones fantásticas de una conciencia libre capaz no sólo de engendrarse a sí misma sino también de engendrar las condiciones materiales de vida de la sociedad, no son sino expresiones de lo que Marx llamaba la dialéctica pequeño-burguesa del «por una parte» y el «por otra parte». Por una parte, la humanidad –o la clase obrera, para quienes son más específicos– tendría su conciencia social determinada como forma concreta necesaria de la producción del capital. Su conciencia no sería más que la personificación de las potencias del producto de su propio trabajo. Esto es, sería una conciencia enajenada a cuyas espaldas opera la organización autónoma general de la vida social. Por otra parte, la humanidad –o

¹³Negri, Antonio, *Marx au-delà de Marx: Cahiers de travail sur les «Grundrisse»*, Christian Bourgois Éditeur, Paris, 1979, p. 182.

¹⁴Althusser, Louis, *La revolución teórica de Marx* (título original: *Pour Marx*), Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1968, pp. 142-181.

la clase obrera— tendría su conciencia social determinada como la capacidad para tomar en sus manos la organización general de la vida social. Sería, de esta parte, una conciencia inmediatamente libre de toda enajenación. En el más materialista de los casos, la cuestión del carácter histórico del modo de producción capitalista queda idealistamente invertida así en la lucha entre las fuerzas materiales que una abstracta conciencia enajenada y una abstracta conciencia libre podrían poner en acción respectivamente.

La pretensión de superar el capitalismo mediante el «socialismo de mercado», tan a la moda,¹⁵ se presenta como el empate en esta lucha. Por una parte, los individuos tendrían el dominio consciente pleno sobre el carácter social de su trabajo, organizándolo de manera directa. De ahí, el socialismo. Por la otra parte, carecerían de todo control consciente sobre el carácter social de su trabajo. Las potencias de éste se les enfrentarían como potencias inherentes al producto del mismo, enajenando su conciencia. De ahí, el mercado. Por una parte, la producción social se encontraría conscientemente organizada al servicio de la vida humana. Por la otra, la producción social se basaría en poner la vida humana al servicio del capital, o sea, de una potencia que llega a despojar a la vida humana de su mismo ser genérico. En la realidad, la conciencia y voluntad libres producen simples valores de uso, nunca valores de uso que las enfrentan como portadores enajenados de sus potencias sociales, o sea, como mercancías. A la inversa, la producción de mercancías produce a la conciencia y la voluntad enajenada de sus propias potencias sociales, nunca a la conciencia y la voluntad libres. Fuera de su contenido ideológico como apología del capitalismo «humanizado», el socialismo de mercado tiene su posibilidad real reducida a ser la comunidad de los individuos esquizofrénicamente asociados.

El socialismo de mercado tiene la virtud de hacer groseramente visibles las consecuencias de tomar las formas concretas con que el trabajo del obrero doblemente libre se presenta en el proceso de compraventa de la fuerza de trabajo, y abstraerlas de sus determinaciones. El capital sólo puede apropiarse de las fuerzas productivas del trabajo libre individual puesto bajo el control consciente directo del capitalista, porque produce a los trabajadores forzados que las portan bajo la forma concreta de individuos dotados de una conciencia y voluntad libres. Así, en la circulación, el carácter forzado del trabajo dado por la necesidad de vender la propia fuerza de trabajo simplemente para reproducirla como un objeto vendible, toma la forma concreta de la libertad para vender la mercancía que el obrero posee. La obligación para el obrero de rendir plustrabajo impago, toma la forma concreta de un cambio de equivalentes en que todo el trabajo se encuentra pago. El despojo al obrero del producto de su trabajo social, y el que hasta la parte paga

¹⁵Schweickart, David, *Against Capitalism*, Cambridge University Press, New York, 1993. Roemer, John, *A Future for Socialism*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1994.

de su trabajo social lo sea con el producto impago de su trabajo anterior, toma la forma concreta de ser la realización del derecho de propiedad basado en el propio trabajo. Y el proceso social que tiene por todo objeto inmediato la acumulación de capital, toma la forma concreta de un proceso que brota simplemente de que cada uno persigue libremente la satisfacción de su interés personal. *La conciencia libre del obrero no es el abstracto opuesto de su conciencia enajenada. Es la forma concreta necesaria de su conciencia enajenada. Dicho de otra manera, en el modo de producción capitalista, sólo porque su conciencia y su voluntad se encuentran enajenadas en el producto de su propio trabajo social, el obrero posee una conciencia y una voluntad libres. Y es a través de su conciencia y voluntad de individuo libre, que el obrero tiene su conciencia y voluntad enajenadas como potencias del capital.*

La dialéctica del «por una parte y por otra parte» sirve al socialismo de mercado para conciliar lo inconciliable. Trotsky le hace separar lo inseparable.¹⁶ Por una parte, se abstrae el desarrollo de las fuerzas productivas materiales, al declarar que ya ha alcanzado el punto más alto de maduración que le cabe bajo el capitalismo. Considerado estrictamente, esto es lo mismo que afirmar que el desarrollo de las fuerzas productivas se ha detenido por haberse agotado bajo su forma capitalista. Cualquier materialista diría que la detención del desarrollo material de las fuerzas productivas implica necesariamente la detención del desarrollo de su forma concreta de organizarse socialmente, o sea, de las relaciones sociales de producción. Y que, por lo tanto, esa detención implica la detención del desarrollo de la forma concreta que las relaciones sociales de producción toman en la mente humana, o sea, de la conciencia y la voluntad. Considerada de un modo laxo, la afirmación en cuestión implica que todo desarrollo adicional de las fuerzas productivas dentro del capitalismo se ha tornado estéril para el desarrollo de las condiciones de su superación. Se trataría, por lo tanto, de un desarrollo material incapaz de desarrollar las relaciones sociales de producción, la conciencia y la voluntad. Con lo cual, si se acepta semejante absurdo desde un punto de vista materialista, el desarrollo de la conciencia habría llegado a la misma detención que en el caso anterior. Pero, por la otra parte, se abstrae a la conciencia y la voluntad de la clase obrera, demandando de ellas la plenitud de su movimiento. Por una parte, el desarrollo de la materialidad de las fuerzas productivas de la sociedad –esto es, la realización del ser genérico humano– se mantiene firmemente quieto, reducido a la categoría de «factor objetivo» ya satisfecho para la superación del capitalismo. Por la otra parte, la conciencia de la clase obrera es puesta a dar vueltas vertiginosamente sobre sí misma, reducida a la categoría de «factor subjetivo» que todavía está por desarrollarse para lograr esa superación. ¿Por qué, si las fuerzas productivas han alcanzado el desarrollo completo que cabe bajo su forma capitalista, esta forma

¹⁶Trotsky, León, *El Programa de Transición*, Ediciones Política Obrera, Tigre, s/f, pp. 5, 7-8 y 42-44.

no ha sido superada aún? Porque la clase obrera no ha desarrollado suficientemente su conciencia revolucionaria. ¿Por qué la clase obrera no ha desarrollado su conciencia revolucionaria? Porque ha sido derrotada una y otra vez por la clase capitalista en la lucha política. ¿Por qué la clase obrera ha sufrido estas derrotas? Porque ha sido traicionada una y otra vez por sus dirigencias políticas. Y, ¿por qué la clase obrera insiste en elegir una y otra vez estas dirigencias traidoras? Porque no ha desarrollado suficientemente su conciencia revolucionaria. Con lo cual, la conciencia de la clase obrera ha dado una voltereta completa sobre sí misma.

En contraste aparente con este agotamiento abstracto de la acumulación de capital como vehículo del desarrollo de las fuerzas productivas, se levanta el postulado de su inevitable agotamiento mecánico para funcionar en absoluto. Por caso, Luxemburg postula que la plusvalía contenida en los medios de vida destinados a la expansión del capital variable es imposible de realizar si no se cuenta con capas o sociedades exteriores al modo de producción capitalista mismo. Pero como éste no puede dejar de absorberlas progresivamente, acaba agotándolas como tal supuesta fuente de realización, destruyéndose así a sí mismo.¹⁷ De igual modo, Grossmann postula el derrumbe final del capitalismo por su imposibilidad mecánica para reproducir las proporciones de la producción social por insuficiencia de plusvalía.¹⁸ Por su definición misma, estos supuestos límites mecánicos son independientes de la realización por el capitalismo de toda razón histórica de existir respecto del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Más bien, la hipotética extinción de la acumulación de capital por su supuesto choque contra ellos es la negación misma de esa realización. De modo que estos límites mecánicos llevan implícita la misma interrupción ya vista del desarrollo de las fuerzas productivas. Sólo que se lo pospone para un futuro inexorable, en lugar de presentarlo como una actualidad inmediata que se da de patadas con la realidad manifiesta.

Si las fuerzas productivas materiales de la sociedad pudieran alcanzar mecánicamente el límite que le cabe a su organización bajo el modo de producción capitalista sin haber producido la plenitud de la conciencia revolucionaria de la clase obrera, se inmovilizaría la base material que determina a ésta. Con lo cual, ella misma quedaría inmovilizada en el punto que hubiera alcanzado para entonces. Lejos de encontrarse en condiciones de superar su determinación como conciencia enajenada, quedaría prisionera indefinidamente de esta condición. Esta perspectiva espanta a quienes conciben los límites mecánicos a la acumulación. A primera vista, postular que la necesidad de la superación del capitalismo brota de la existencia de un límite inherente a la mecánica misma de la acumulación de capital

¹⁷Luxemburgo, Rosa, *La acumulación de capital*, Editorial, Buenos Aires, 1968, pp. 332 y 435.

¹⁸Grossmann, Henryk, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, Siglo XXI Editores, México, 1984, p. 121.

parece ser lo opuesto a postular la autonomía de la conciencia como condición para esa superación. Sin embargo, tan pronto como se enuncia el primer postulado, esta supuesta autonomía es el único camino abierto hacia delante. Dado que la realización del supuesto fin mecánico del capitalismo es la negación misma de su superación, necesariamente aparece como la negación del ser genérico humano mismo. Aparece, por lo tanto, como una «barbarie» abstraída de todo modo de producción, que no por accidente confluye con las concepciones que la conciencia enajenada engendra como mera ciencia ficción. De modo que a la enunciación del límite mecánico la sigue normalmente la pretensión de que la conciencia de la clase obrera se ponga en movimiento por sí misma.¹⁹ Aun en caso de llegarse al límite mecánico, ella podría poner así nuevamente en movimiento el desarrollo de su propia base material. O sea, a dicha enunciación la sigue normalmente la pretensión de que la conciencia no es la expresión en ideas de las condiciones materiales de la vida humana, sino que el desarrollo de las ideas engendra estas condiciones. Lukács expresa esta inversión de manera plena, mediante la concepción del límite mecánico como «las fuerzas ciegas» que literalmente empujan al «abismo y la catástrofe», de los cuales la humanidad sólo puede liberarse por «la voluntad consciente del proletariado».²⁰

Compañera inseparable de esta inversión idealista es la inversión que concibe al modo de producción capitalista llegando mecánicamente a un fin que, lejos de implicar la catástrofe o la barbarie, resulta en el surgimiento de un modo de producción superior con independencia de la acción consciente y voluntaria de la clase obrera. La primera inversión abstrae esta acción de su determinación como forma concreta necesaria de realizarse la transformación en la materialidad del trabajo social que es portadora de la superación del modo de producción capitalista. La segunda inversión abstrae la transformación de la materialidad del proceso de trabajo de su forma concreta necesaria de realizarse mediante la acción consciente y voluntaria de la clase obrera. Ambas inversiones operan sobre la misma base: el sustituir dicha transformación material por un límite mecánico. Y ambas convierten al contenido y a la forma necesaria de la superación del modo de producción capitalista en abstracciones, de modo que la acción regida mediante ellas no puede reconocer su verdadera necesidad.

Por último, existe la creencia de que las potencias de la clase obrera para superar el capitalismo nacen de la resistencia desesperada por no perecer, ejercida por las porciones de la misma que el capital determina brutalmente como sobrantes. Estas porciones han sido impotentes para resistir el avance del capital cuando todavía éste las requería como fuerza de trabajo en activo. Ahora que el capital las ha despojado hasta de la posibilidad de participar en la producción y el con-

¹⁹Luxemburgo, Rosa, op. cit., pp. 435 y 470.

²⁰Lukács, Georg, op. cit., p. 76.

sumo sociales y, por lo tanto, del propio ser genérico humano, dicha impotencia pasa a concebirse invertida como la posibilidad de afirmar una supuesta «propia identidad» inmanente. Luego, se declara que esta identidad tiene la potencia para trascender al capital como relación social general. Esto es, se imputa a esta supuesta conciencia «liberada» la capacidad de poner en movimiento por sí las fuerzas productivas materiales que corresponden a una forma de organización social superior.

Dejemos atrás estas ilusiones apoloéticas o pseudocríticas, y volvamos al desarrollo de la forma concreta que toma la revolución constante de las condiciones materiales de producción regida por la apropiación de plusvalía relativa. Porque, como ya dijimos, así como el obrero y el capitalista tienen su voluntad y existencia social determinadas como encarnaciones de las potencias del capital, la revolución material constante en que se realizan estas potencias revoluciona su determinación como sujetos sociales enajenados y, por lo tanto, su conciencia y voluntad.

1.7. El fin histórico del capitalismo, o la clase obrera como sujeto revolucionario

Cuanto más crece la acumulación de capital sobre la base de la producción de la plusvalía relativa, más crece la magnitud absoluta y relativa de cada porción de trabajo colectivo internamente organizado de manera consciente, pero que sigue siendo una porción privada respecto del trabajo total de la sociedad. Más necesita el capital objetivar científicamente toda subjetividad en el proceso de producción. Más necesita el capital producir un obrero universal en condiciones de desarrollar y controlar cualquier sistema de maquinarias que le toque en suerte. Más crece la población obrera sobrante consolidada por encima del nivel con que la necesita el capital como factor contrarrestante de la solidaridad de la clase obrera, en el proceso de realizarse el valor de la fuerza de trabajo; de modo que más crece la violencia a la que recurre el capital para quitar esa superpoblación de en medio. Con todo lo cual, más se agudiza la contradicción entre las potencias directamente sociales del trabajo y la forma de privado con que se realiza, y de ahí, el choque de esas potencias contra la forma de privada que tiene la apropiación de su producto.

En síntesis, cuanto más se desarrolla la acumulación de capital, más necesita la organización autónoma capitalista realizarse tomando la forma de organización directa por el estado. Y con el desarrollo de esta necesidad, más atrás van quedando las potencias subjetivas de la clase capitalista para actuar como personificación de la conciencia y voluntad del capital social. De modo que, más necesita el modo de producción capitalista convertir a la representación política del capital social en la tarea de un obrero colectivo improductivo especial, de un órgano colectivo espe-

cializado dentro de la división social del trabajo, formado por obreros individuales doblemente libres.

Las potencias que el modo de producción capitalista da a cada una de las clases sociales que engendra, muestran ahora ser realmente opuestas a la apariencia que presentaban en la inmediatez de la producción de plusvalía relativa. En su propio desarrollo, el capitalismo quita a la clase capitalista su razón histórica de existir. Esta pierde toda aptitud para constituirse en la conciencia y voluntad que personifica la transformación de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo directamente social, bajo la forma de potencias portadas por el producto mismo del trabajo social. El capital convierte así a la burguesía en un puro parásito social, en cuya subsistencia se gasta una porción de plusvalía que merma la masa disponible para ampliar la escala de la acumulación. Por lo tanto, convierte a la burguesía en personificación del retraso en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, aun al interior de los mismos límites del modo de producción capitalista. En su origen, el capital invierte a la burguesía de la potencia revolucionaria para aniquilar los límites impuestos al desarrollo de las fuerzas productivas por la subordinación de la conciencia y voluntad del obrero individual a la organización feudal y esclavista de la producción social. En su condición de sujeto concreto de la producción social, es el mismo capital quien acaba clamando por una revolución social que lo libere del lastre que le impone la subsistencia de una clase social a la que él mismo no deja más potencialidad que el consumirlo improductivamente. Y, como acabamos de ver, el proceso en que el capital convierte a la burguesía en un puro lastre para sí, no es otro que el proceso en que el capital engendra a una clase social portadora de una conciencia y voluntad apta para liberarlo de ese lastre. Se trata de la clase obrera a la que el mismo capital ha puesto a cargo de la realización íntegra de la producción social a fin de extraerle hasta la última gota de plustrabajo que pueda rendir.

El avance en la socialización del trabajo privado tiene por forma necesaria la centralización del capital, o sea, la confluencia de los capitales individuales hacia su unidad inmediata como capital total de la sociedad. Es en la acción política, o sea, cuando expresa inmediatamente las potencias del capital social, que la clase obrera da cuerpo a la socialización directa del trabajo privado. La acción revolucionaria de la clase obrera es la forma concreta necesaria en que la referida revolución constante en la materialidad de los procesos de trabajo –que al mismo tiempo implica su socialización directa– desarrolla su necesidad de organizarse como una potencia directamente social que trascienda los límites de su forma privada capitalista. Por lo tanto, esta acción revolucionaria es la forma concreta necesaria en que el modo de producción capitalista realiza su necesidad histórica de superarse a sí mismo en su propio desarrollo.

El curso pasa por que la clase obrera tome en sus propias manos su relación social general enajenada, o sea, se apropie del capital social. Cosa que sólo puede hacer centralizando el capital como propiedad del estado.²¹

Un proceso de acumulación de capital donde la ejecución y el control íntegros del proceso de trabajo se encuentra en manos de los obreros asalariados, y el capital es una propiedad colectiva de estos mismos obreros bajo la modalidad necesaria de capital estatal, es la forma más desarrollada de la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital. Su constitución es un paso fundamental en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. Este paso toma necesariamente la forma material de una revolución social en la que los expropiados de sus condiciones materiales de producción expropiaron a sus expropiadores, o sea, de una revolución social en la que la clase obrera produce la abolición de la clase capitalista y de la clase terrateniente. Pero, en esta revolución social, la clase obrera no produce la abolición de sí misma, sino su propia reproducción. La relación social general materializada, o sea, la organización general del trabajo social portada en la forma de valor de su producto material, sigue poniendo a la producción social en acción sin más objeto inmediato que la reproducción ampliada de sí misma. La asignación de la capacidad de trabajo total de la sociedad sigue encontrándose mediada por la forma de mercancías tomada por la fuerza de trabajo y los medios de vida necesarios para reproducirla. La separación del obrero respecto de sus medios de producción se ha desarrollado plenamente. Ellos se le enfrentan como una potencia social autónoma objetivada que le es ajena y lo domina. Dicha separación ni siquiera necesita ya presentarse mediada por la propiedad privada del no trabajador, por la figura del capitalista. Por el contrario, lo hace bajo la forma concreta de que los medios de producción son propiedad del obrero como clase. Por muy centralizado que se encuentre como propiedad social, el capital necesita seguir contando con las potencias productivas del obrero forzado por su condición de individuo doblemente libre. En la plenitud de su desarrollo, la clase obrera se encuentra determinada tanto como personificación colectiva de la conciencia y voluntad de dicha reproducción, cuanto como fuerza de trabajo colectiva de cuya sangre se nutre esa misma reproducción, y como fuerza de trabajo crecientemente sobrante respecto de la reproducción de su propia relación social general.

¿Qué transformación en la materialidad del proceso de producción social regido por la producción de plusvalía relativa puede encerrar, entonces, la necesidad de la superación del modo de producción capitalista, determinando a la clase obrera como el sujeto revolucionario a cargo de aniquilarlo en su propio desarrollo?

²¹ Marx, Carlos y Federico Engels, *Manifiesto Comunista*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1975, pp. 49-50.

El desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo libre inmediatamente social como un atributo de su negación, o sea, del trabajo privado, es la contradicción que sintetiza las potencias históricas y el límite del modo de producción capitalista. La potencia específica del modo de producción capitalista para desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad no tiene más secreto que la progresiva transformación de los atributos del trabajo libre individual en atributos del trabajo libre realizado como una potencia colectiva, y por lo tanto directamente social, dentro de un límite específico. Aun este trabajo determinado por su materialidad como directamente social, sólo es tal al interior de un ámbito restringido. Desde el punto de vista social general sigue teniendo la forma específica de trabajo privado. Es decir, de un trabajo que se sigue enfrentando a su propio carácter social como un atributo de su producto a cuya potencia social debe someterse. Pero, al mismo tiempo, el desarrollo de la capacidad productiva de este trabajo social puesto en acción privadamente pasa a tener crecientemente por condición material el desarrollo de la organización consciente general del trabajo como una potencia directamente social. Y esta organización directa sólo puede tomar forma concreta en la relación directa general propia del modo de producción capitalista, o sea, en la lucha de clases. Más específicamente, en cuanto se trata de una organización directamente consciente que se impone sobre el carácter limitado de las potencias inmediatas de los capitales individuales, ella se realiza tomando la forma concreta del avance de la clase obrera en esa lucha.²²

El desarrollo de la organización directa general de la producción social mediante la acción consciente de la clase obrera arranca teniendo su alcance limitado por su misma condición de ser la forma concreta de realizarse su opuesto. Este mismo alcance limitado limita el alcance de la conciencia con que la clase obrera rige su acción. De modo que ella no puede superar su propia apariencia de conciencia abstractamente libre. Pero, cuanto más el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo puesto en acción privadamente tiene a la organización consciente directa del trabajo social por condición material, más profundamente debe penetrar la conciencia en las determinaciones del trabajo social para poder regirlo. Y las determinaciones del trabajo social en el modo de producción capitalista no son sino las determinaciones de la conciencia enajenada de la clase obrera. Con lo cual, cuanto más desarrolla el capital su necesidad de organizar directamente el trabajo social, más hace que esta necesidad sólo pueda ser satisfecha mediante el avance de la conciencia de la clase obrera sobre sus propias determinaciones.

En la plenitud de su desarrollo, la conciencia libre portadora de la enajenación cobra directamente forma en la materialidad misma del proceso de trabajo. A esta altura, el trabajo consiste materialmente en aplicar una conciencia científica –es decir, una que conoce sus propias determinaciones de manera objetiva y, como tal,

²²Marx, Carlos, *El capital*, Tomo I, op. cit., capítulo 24.

que avanza en su libertad— al desarrollo del control sobre las fuerzas naturales a fin de objetivarlas en la maquinaria, o sea, a la multiplicación de la capacidad para organizar el proceso de metabolismo social. Pero este mismo producto, es decir, dicha capacidad multiplicada de organización, se enfrenta a sus productores bajo la forma social específica de plusvalía. Esto es, se los enfrenta como una potencia social que les es ajena por pertenecerle al producto material de su trabajo y a la cual se encuentra sometida su misma conciencia objetiva. Se trata de una organización automática de la vida social, donde el trabajo humano consiste en desarrollar la capacidad para controlar dicha organización conscientemente, que al mismo tiempo tiene por objeto inmediato la multiplicación de la capacidad para organizar automáticamente la vida social a espaldas de la conciencia de sus productores.

En su contradicción constitutiva, el capital social impone así, como propia, la necesidad de que el conocimiento científico desarrollado por la clase obrera avance superando cualquier apariencia que se interponga limitando la organización consciente de la transformación de la naturaleza en un medio para el trabajo social. Sin embargo, este avance es en sí mismo la negación de la reproducción del capital. Porque esta reproducción tiene por condición el producir una conciencia y voluntad que se enfrenten a sus propias potencias humanas como a potencias que le son ajenas, como potencias que pertenecen al capital. No en vano, en el modo de producción capitalista, el carácter forzado del trabajo tiene a la conciencia y voluntad aparentemente libres del obrero como forma concreta necesaria de realizarse. El capital no puede ser otra cosa que el producto de una conciencia y una voluntad enajenadas. Pero, ahora, esta enajenación se constituye en la traba absoluta a la socialización directa del trabajo doblemente libre y, por lo tanto, a la forma específicamente capitalista del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad.

Nos encontramos aquí al capital requiriendo, como una necesidad que brota de su mera reproducción inmediata, ser personificado por una conciencia y voluntad que se haya liberado de toda enajenación y, por lo tanto, que se haya liberado de toda determinación como personificación del capital. Notemos bien que no se trata de que el desarrollo de las fuerzas productivas se detiene porque no puede realizarse ya bajo su forma concreta capitalista, y que debe luego ser puesto en marcha nuevamente por una conciencia liberada de su enajenación. Se trata de un desarrollo de las fuerzas productivas que el capital abre para satisfacer su necesidad más específica, pero que sólo puede satisfacerla tomando una forma material cuya organización tiene una condición específica. La de ser realizada por una conciencia que conoce su propia necesidad más allá de cualquier apariencia. De modo que este desarrollo de las fuerzas productivas materiales se abre como la realización de una necesidad irrefrenable del capital y se cierra como la realización de la supera-

ción de éste, al implicar necesariamente su forma material la transformación de la conciencia enajenada en una conciencia liberada de toda enajenación.

El modo de producción capitalista agota así su razón histórica de existir, a saber, el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad mediante la transformación de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias del trabajo directamente social conscientemente organizado por el propio obrero colectivo que lo realiza, bajo la forma de la enajenación de las potencias de este trabajo como potencias sociales de su producto material. De ser un modo de desarrollo de las fuerzas productivas sociales, cuya potencialidad histórica superaba incluso las barreras específicas que él mismo oponía a ese desarrollo al enajenar la subjetividad productiva del trabajador, el modo de producción capitalista se convierte en una traba absoluta al mismo. Pero, al mismo tiempo, muestra que le es imposible dejar de dar el paso adelante cuyo cierre no cabe ya en él. Ocurre que, en el modo de producción capitalista, la necesidad genéricamente propia del proceso natural de la vida humana se encuentra directamente portada por la necesidad específicamente inherente a la reproducción ampliada de aquél como modo de producción determinado. Porque el capitalismo no es sino un modo históricamente específico de organizarse el proceso natural de metabolismo humano con su medio. Las especies animales desarrollan la potencialidad de sus procesos de metabolismo, ampliando su capacidad para apropiarse de su medio, a través de transformar su propio cuerpo para adaptarlo a éste. Pero el ser genéricamente humano reside en la capacidad para apropiarse del medio natural actuando sobre él para transformarlo en un medio para sí a través del trabajo social. De modo que el proceso de vida humano tiene como necesidad natural esencial la ampliación de su potencialidad para apropiarse del medio a través del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad.

La realización del referido paso adelante en el desarrollo de las fuerzas productivas toma entonces necesariamente una forma concreta material que le es específica. A saber, toma la forma de una revolución social en la que el sujeto material de ese desarrollo, o sea, la clase obrera, no se limita ya a aniquilar a la burguesía transformando al capital en una propiedad inmediatamente social, sino que aniquila al capitalismo mismo. Y, con él, aniquila al representante político general del capital social, al estado. Con lo cual la clase obrera alcanza también su propio fin, dando paso a un nuevo modo de organización general del trabajo social. Esta nueva relación social general no tiene más forma concreta que la de ser portada en una conciencia y voluntad humanas mediante las que el trabajador individual se reconoce a sí mismo de manera objetiva como el órgano del trabajo social que es. La libertad no consiste ya en la ausencia de la subordinación del individuo al dominio personal de otro, porque se encuentra sometido al dominio de las potencias sociales del producto de su trabajo. Se ha desarrollado completamente como la

conciencia objetiva plena respecto de la propia individualidad como portadora de las potencias productivas sociales. No se está sometido al dominio personal de otro, porque se tiene el dominio pleno sobre las potencias sociales del propio trabajo individual. Se trata, por lo tanto, de la organización consciente general del proceso de producción de la vida social. La conciencia libre, o sea, la libre individualidad, ha pasado a ser la relación social general.

De allí en más, no cabe desarrollo alguno de las potencias del trabajo social que no sea, de inmediato, un desarrollo de las potencias del trabajo individual; y, a la inversa, cada desarrollo de las potencias del trabajo individual es de inmediato un desarrollo de las potencias del trabajo social. Por primera vez desde la separación histórica entre el trabajador y el no trabajador, la realización de la capacidad para actuar de manera consciente y voluntaria sobre la naturaleza para transformarla en un medio para la vida humana ha dejado de ser, al mismo tiempo, una forma concreta de negación de esa capacidad. Con la superación del modo de producción capitalista comienza la plena realización del ser genéricamente humano y, por lo tanto, comienza verdaderamente la historia humana.²³ El trabajador se convierte por primera vez en un individuo, no ya formalmente, sino realmente libre y, más precisamente, en un individuo libremente asociado. Esto es, se determina a sí mismo como el sujeto concreto del proceso humano de metabolismo social que se organiza mediante el conocimiento, ejercido como un atributo inherente a la individualidad misma de cada miembro de la sociedad, de su propia determinación como tal sujeto concreto.²⁴

La producción de la conciencia científica de la clase obrera respecto de su propia potencialidad histórica no es una cuestión abstractamente científica. Es un momento específico necesario de la acción política de la clase obrera en la lucha de clases. Mientras permanece prisionera del mismo método científico que ope-

²³Marx, Carlos, *Contribución a la crítica de la economía política*, Ediciones Estudio, Buenos Aires, 1973, p. 11.

²⁴Marx sintetiza de manera plena el desarrollo de la historia natural humana, o sea, la historia del desarrollo del alcance material de las fuerzas productivas del trabajo social portado en sus correspondientes modos de organización, en los siguientes términos:

Las relaciones de dependencia personal (al principio sobre una base del todo natural) son las primeras formas sociales, en las que la productividad humana se desarrolla solamente en un ámbito restringido y en lugares aislados. La independencia personal fundada en la dependencia *respecto de las cosas* es la segunda forma importante en que llega a constituirse un sistema de metabolismo social general, un sistema de relaciones universales, de necesidades universales y de capacidades universales. La libre individualidad, fundada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad colectiva, social, como patrimonio social, constituye el tercer estadio. El segundo crea las condiciones del tercero. (Marx, Karl, *Elementos fundamentales...*, op. cit., p. 85.)

ra como la conciencia objetiva capaz de producir plusvalía relativa mientras se enfrenta a sí misma de manera no objetiva, o sea, de la representación lógica, la conciencia científica de la clase obrera es impotente para descubrir que, en el modo de producción capitalista, la libertad no es más que la forma concreta de la enajenación. Se mutila entonces en sus propias potencias históricas, al verse a sí misma como una conciencia abstractamente libre. Pero a medida que la propia acumulación de capital requiere desarrollar el control directo del carácter social del trabajo, la acción consciente de la clase obrera necesita avanzar hacia la superación de esta apariencia. Necesita dejar atrás la exterioridad de la *representación* lógica para regirse mediante la *reproducción* de lo concreto en el pensamiento, o sea, mediante el conocimiento dialéctico. *El capital* de Marx es en sí mismo el desarrollo, realizado por primera vez y puesto bajo una forma que permite su reproducción social, de la conciencia enajenada de la clase obrera que se produce a sí misma como una conciencia enajenada que conoce su propia enajenación y las potencias históricas que obtiene de ella. En *El capital*, esta conciencia se despliega hasta alcanzar sus determinaciones generales que conciernen a la acción revolucionaria de la clase obrera en la que dichas potencias históricas se realizan produciendo las condiciones materiales para la organización consciente –por lo tanto, libre– de la vida social.

Apéndice 1.1: Conciencia obrera y desarrollo de la subjetividad productiva

Los cursos divergentes seguidos por la subjetividad productiva del obrero en activo, uno hacia su degradación y el otro hacia su desarrollo, reflejan directamente la determinación históricamente específica de la división entre trabajo manual e intelectual cuando los potencias sociales del trabajo se desarrollan como las potencias enajenadas del capital en la gran industria. Al enfrentar la cuestión desde la perspectiva de la subjetividad productiva, se hace foco en esta división tal como ella concierne directamente a la actividad de los obreros como los sujetos de proceso de trabajo enajenadamente regido como un proceso de valorización. Contrapuesto a esta perspectiva, Sohn-Rethel abstrae al trabajo intelectual en el capitalismo, al relacionarlo con la «apropiación» en oposición a la «producción».²⁵ Continúa abstrayendo al trabajo intelectual al presentarlo como un proceso directamente socializado en oposición a los trabajos manuales individuales realizados de manera privada e independiente.²⁶ Así, termina abstrayendo a los sujetos directos del proceso de trabajo que produce la ciencia de su relación social general. Los obreros intelectuales se encuentran escasamente presentes en la exposición de Sohn-Rethel. Cuando lo están, se hace referencia a ellos por la peculiaridad material inmediata de sus trabajos –por ejemplo, en tanto científicos, técnicos, gerentes– y la única referencia a su ser social específico –o sea, a su relación de clase– es que el capital debe mantenerlos separados de los obreros manuales.²⁷

El trabajo de los obreros cuya subjetividad productiva se desarrolla con la producción de plusvalía relativa mediante el sistema de la maquinaria consiste materialmente en el ejercicio de una conciencia científica. Esta misma materialidad, sumada a las modalidades y volumen del consumo individual requerido para la reproducción de la fuerza de trabajo capaz de desarrollar esa conciencia científica enajenada como una potencia del capital, refuerza de manera particular la apariencia con que la compraventa de la fuerza de trabajo se realiza en la circulación. Esto es, estos obreros aparecen como la quintaesencia de los individuos abstractamente libres y no como lo que son, a saber, trabajadores forzados para el capital social. Pese a no poseer más mercancía para vender que su fuerza de trabajo, surge así la apariencia de que no pertenecen a la clase obrera. Apariencia que se refuerza más aún en cuanto estos obreros tienen abiertamente a su cargo la personificación general del capital y, como tales, el ejercicio de la coacción sobre el resto de los obreros. Así, aparecen de inmediato a su propia conciencia y la de los demás co-

²⁵Sohn-Rethel, Alfred, *Intellectual and Manual Labour: A Critique of Epistemology*, Humanities Press, New Jersey, 1978, p. 73.

²⁶Sohn-Rethel, Alfred, *ibíd.*, p. 77.

²⁷Sohn-Rethel, Alfred, *ibíd.*, p. 157.

mo si pertenecieran a una clase distinta de la obrera y la capitalista y, aun, a esta última.

Esta conciencia invertida alcanza hasta a las concepciones teóricas críticas del capitalismo. Braverman define a la clase obrera por la degradación de la subjetividad productiva. En consecuencia, los obreros asalariados portadores de una subjetividad productiva expandida sólo entran a la clase obrera en tanto la pierden.²⁸ Aglietta también asimila proletarización, es decir, determinación como clase obrera, a degradación de los atributos productivos del obrero.²⁹ Luego, contrapone la «categoría social» de los «cuadros asalariados» a la clase obrera, excluyendo a aquéllos de ésta por ejercer la conciencia que controla al obrero colectivo.³⁰ Para lo cual necesita vaciar al salario de su condición de relación de producción específica, presentándolo reducido a sus meras formas de relación jurídica y de relación en la competencia.³¹

Por su parte, Carchedi incluye en la clase obrera a los obreros portadores de la subjetividad productiva expandida necesaria para coordinar el trabajo colectivo, a condición de que esta tarea excluya la de vigilancia.³² Sin embargo, en cualquier proceso de trabajo socialmente regido por la relación antagónica establecida a través de la compraventa de fuerza de trabajo, la coordinación es inseparable del ejercicio implícito o explícito de coacción sobre otros para hacerlos rendir plusvalía. Esta unidad es inherente al proceso de trabajo capitalista en la gran industria desde el arranque mismo de la cuestión acerca de la forma de conciencia que se define como una de naturaleza científica.³³

Tanto según las concepciones de Braverman y Aglietta, como según la de Carchedi, la revolución constante de las condiciones materiales de producción –por lo tanto, de la conciencia– que determina el papel histórico del capitalismo nunca deviene el producto directo del trabajo enajenado de la clase obrera. Esta revolución técnica se encuentra concebida, del principio al fin del capitalismo, como el producto de la clase capitalista y de unas supuestas «nueva clase media»³⁴ o «pequeña burguesía asalariada».³⁵ La clase obrera resulta así despojada abstractamente de su determinación material directa como el sujeto histórico progresivo al interior del modo de producción capitalista mismo. A su vez, Touraine abstrae

²⁸Braverman, Harry, *Trabajo y capital monopolista: La degradación del trabajo en el siglo XX*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1984, pp. 468-69 y 486-87.

²⁹Aglietta, Michel, *Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estados Unidos*, Siglo XXI Editores, México, 1991, p. 147.

³⁰Aglietta, Michel, *ibíd.*, p. 152.

³¹Aglietta, Michel, *ibíd.*, pp. 152 y 154.

³²Carchedi, Guglielmo, *On the Economic Identification of Social Classes*, Routledge and Kegan Paul, London, 1977, p. 84.

³³Esta cuestión es el objeto del capítulo 7.

³⁴Braverman, Harry, *op. cit.*, p. 467. Carchedi, Guglielmo, *op. cit.*, pp. 89-90.

³⁵Aglietta, Michel, *op. cit.*, p. 152.

las formas concretas de la concentración del capital, para presentar invertida a la acumulación de capital como una «sociedad programada».³⁶ Luego, las contradicciones que engendra la fragmentación capitalista de la subjetividad productiva al interior de la clase obrera se presentan invertidas como las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad. Así, la clase obrera queda diluida en estratos mutuamente contrapuestos cuya potencialidad histórica se reduce a las apariencias que presentan sus conciencias enajenadas.³⁷

Desde su simple determinación como conciencia inmediata de los propios interesados, hasta su determinación como concepción teórica crítica, la inversión en cuestión es producto de una conciencia científica. Lo cual pone de inmediato en evidencia que el propio método científico que produce a esta conciencia científica tiene que engendrar por sí, o sea, por su propia forma, la inversión ideológica. Se pone así en evidencia que el método que en el modo de producción capitalista aparece como la forma natural del conocimiento científico, es en sí mismo una forma concreta históricamente específica de la enajenación de las potencias productivas humanas como potencias del capital. Lo cual pone a su vez en evidencia que, el desarrollo material de la subjetividad productiva del obrero más allá de donde cabe en el modo de producción capitalista, lleva necesariamente consigo la revolución del propio método científico. Por su contenido, este desarrollo revolucionario de la materialidad de la subjetividad productiva sólo puede realizarse bajo la forma concreta de la acción política de la clase obrera consistente en la transformación de su propia conciencia enajenada en una conciencia enajenada capaz de dar cuenta de su propia enajenación.

Cuando el obrero aplica en su proceso inmediato de trabajo una conciencia científica al servicio de un capital individual –cosa que hacen desde el técnico llano al gerente–, da cuerpo a las potencias del modo de producción capitalista para desarrollar las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Pero, por la forma misma de privado con que realiza este trabajo, da cuerpo, al mismo tiempo, a todas las trabas que el carácter privado del trabajo opone a ese desarrollo. No hace sino reproducir la aniquilación privada de las potencias inmediatamente sociales del trabajo. Como ya se dijo, es en la acción política, o sea, cuando expresa inmediatamente las potencias del capital social, que la clase obrera da cuerpo a la socialización directa del trabajo privado. Y lo hace plenamente cuando expresa de manera específica la necesidad que tiene el capital social de revolucionar una y otra vez las bases sobre las que avanza hacia su propia aniquilación. Por lo tanto, es en esta acción política revolucionaria donde la clase obrera da cuerpo a la plenitud del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad en que se expresa directamente la necesidad del modo de producción capitalista de superar-

³⁶Touraine, Alain, *La société post-industrielle*, Denoël, Paris, 1969, p. 41.

³⁷Touraine, Alain, *ibíd.*, p. 114.

se a sí mismo: es aquí donde se dirime el desarrollo inmediato de la organización consciente general de la vida social.

Al incorporar al propio obrero colectivo la personificación de su explotador, el capital introduce su determinación antagónica general al interior de la clase obrera. El valor de la fuerza de trabajo de los obreros en cuestión corresponde a su reproducción con los atributos materiales y morales requeridos para representar al capital como su conciencia productiva, coactiva y en la circulación. Entre estos atributos se incluye, precisamente, el no reconocerse a uno mismo como órgano particular del obrero colectivo, sino el verse como un individuo abstractamente libre cuyos intereses confluyen con los del capital que se personifica. Esta determinación se refleja en un salario que no se limita a corresponder a la complejidad e intensidad del trabajo, ni a la extensión práctica de la jornada de trabajo. Incluso forman parte del mismo los gastos de representación del capital. Por lo tanto, aun cuando se considera a este tipo de obrero en lo que puede tener de simple obrero productivo, la masa de valor que produce su trabajo complejo puede resultar menor que el valor de su fuerza de trabajo. En este caso, el capital paga lo que falta de su salario con plusvalía que extrae al resto de los miembros del mismo obrero colectivo. Ocurre que la presencia del obrero individual en cuestión, con sus peculiares atributos como conciencia productiva del obrero colectivo que integra, es una condición concreta para que éste exprese toda su potencialidad como fuente de plusvalía. En este caso, el capital no explota a dicho obrero en tanto obrero individual, pero sí lo hace en tanto miembro del obrero colectivo. A su vez, este obrero no apropia la plusvalía como tal: aunque se le pague con parte de ella (como, por lo demás, ocurre con cualquier obrero improductivo), recibe una masa de valor que se corresponde con la de la mercancía que entrega. Lo que obviamente ocurre es que, en tanto personificación inmediata del capital, se enfrenta en la relación antagónica general con el resto de los obreros. Cosa que hace, tanto en su condición de integrante de un obrero colectivo determinado, como al interior de la relación política general que define a la propia clase obrera como tal. Y así como el accionar consciente y voluntario de estos obreros como personificaciones del capital aparece de inmediato como la negación misma de la acción consciente y voluntaria de solidaridad que constituye a la clase obrera como tal, ellos mismos son producto de esta acción solidaria. A saber, el desarrollo de los atributos que el capital demanda de ellos como vendedores de fuerza de trabajo tiene por condición que esta fuerza se venda normalmente por su valor; condición que emerge portada necesariamente en la acción de la clase obrera en la lucha de clases. De modo que los obreros en cuestión no sólo son forma concreta de existencia de la clase obrera, sino del avance de ésta en la lucha de clases al cual aparecen contraponiéndose de manera inmediata en cuanto actúan en ella como representantes del capital. Lo que ocurre es que la relación consciente y voluntaria de solidaridad

ha cobrado en sus figuras una forma concreta que aparece como la negación de su propio contenido.

Apéndice 1.2: El vaciado de la especificidad histórica del modo de producción capitalista por la economía política crítica³⁸

Existe una fuerte tendencia entre los economistas políticos marxistas a sacar de la vista que el atributo históricamente específico del trabajo social productor de mercancías es la forma de privado e independiente con que se realiza. Se saca así de la vista que el modo de producción capitalista tiene su propia especificidad histórica determinada como el modo concreto necesario de desarrollarse esta contradicción entre la naturaleza social del trabajo y su forma privada e independiente. Este ocultamiento sigue dos cursos generales.

El primero parte de considerar el movimiento del capital social, representado por los esquemas de la reproducción, como si su unidad se realizara de manera inmediata.³⁹ Así, esta unidad aparece reducida a una cuestión de mera proporcionalidad material no mediada por la forma de privado con que se realiza el trabajo social. Surge entonces la apariencia de que todo trabajo aplicado a la producción de las mercancías que entran en la unidad material es inmediatamente social. Luego, esta vertiente considera que la determinación del valor de las mercancías presupone la existencia de una matriz técnica dada de la producción social.⁴⁰ Ahora bien, la existencia a priori de esta matriz presupone a su vez la asignación de la capacidad de trabajo total de la sociedad bajo sus distintas formas concretas útiles de manera directa antes de iniciarse el ciclo productivo. Los productos del trabajo social así asignado no tienen necesidad alguna, ni modo, de tomar la forma de mercancías; ni el trabajo social que los produce, de representarse como su valor. El problema que la forma de mercancía viene a resolver, o sea, el problema de cómo asignar el trabajo total de la sociedad bajo sus formas concretas útiles cuando no existe una relación social directa de interdependencia general entre los productores –y, por lo tanto, el trabajo social se realiza de manera privada e independiente– ya se da por resuelto de antemano. No es de extrañar, entonces, que quienes realizan esta construcción invertida lleguen a dos conclusiones. La primera es que el valor no es una relación social sino una «categoría redundante»,⁴¹ de la cual podría prescindirse para conocer la especificidad de la producción capitalista si no fuera porque

³⁸He desplegado detenidamente esta cuestión en mi libro *Conocer el capital hoy. Usar críticamente «El Capital», Volumen 1, La mercancía, o la conciencia libre como forma de la conciencia enajenada*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2007.

³⁹Sraffa, Piero, *Producción de mercancías por medio de mercancías*, Ediciones Oikos-tau, Barcelona, 1965, p. 17.

⁴⁰Morishima, Michio, *Marx's Economics. A Dual Theory of Value and Growth*, Cambridge University Press, Cambridge, 1973, pp. 14-15.

⁴¹Steedman, Ian, *Marx after Sraffa*, New Left Books, London, 1977, p. 202.

resulta ilustrativa para el «concepto de explotación».⁴² La segunda es que el valor puede expresarse directamente en cantidades de su sustancia, o sea, en cantidades de trabajo, y no únicamente como valor de cambio.⁴³ Lo cual borra directamente la especificidad del trabajo productor de mercancías. Para que el valor pudiera expresarse directamente como cantidades de su sustancia, el trabajo materializado privadamente en la mercancía debería manifestarse inmediatamente como trabajo social en el momento mismo de realizarse. Bastaría entonces con tomar una mercancía aislada para que ésta expresara la magnitud de su propio valor. Pero, otra vez, en tal caso, el trabajo social materializado en la mercancía no necesitaría ya, ni tendría cómo, representarse socialmente como la aptitud de la misma para el cambio.

En el mundo real de la sociedad productora de mercancías, la producción material realizada de manera privada e independiente produce al mismo tiempo la relación social general. La unidad material de la producción social sólo se impone a posteriori, cuando el simple gasto de fuerza humana de trabajo socialmente necesario se representa como la aptitud social de sus productos materiales para relacionarse entre sí en el cambio, o sea, como el valor de las mercancías. Y es por ello que el valor de una mercancía sólo puede expresarse como valor de cambio, o sea, en la relación de cambio con otra, y nunca como cantidades de su sustancia, o sea, como cantidades de trabajo abstracto. En la relación de cambio, una cantidad del cuerpo o valor de uso de la segunda expresa relativamente la magnitud de valor de la primera, al actuar como su equivalente.

El segundo curso se basa en la sustitución del carácter de privado por el carácter de abstracto, como atributo históricamente específico del trabajo social que produce mercancías y, por lo tanto, valor. El trabajo abstracto es el simple gasto de fuerza humana de trabajo realizado bajo una forma concreta útil cualquiera. De modo que el trabajo abstracto tiene por toda cualidad la materialidad del gasto productivo de cuerpo humano, o sea, de músculos, cerebro, etc. humanos. Como es obvio, esta cualidad es naturalmente inherente al trabajo humano cualquiera sea la forma social en que se lo organice. Para presentarlo invertido como atributo específico de la producción de mercancías, esta vertiente de la economía política recurre a varios procedimientos. El más grosero consiste en empezar por presentar la verdadera naturaleza del trabajo abstracto para, a renglón seguido, afirmar que ella sólo corresponde al trabajo productor de mercancías.⁴⁴ Un segundo procedimiento consiste en dar vuelta la determinación de la cambiabilidad de las mercancías. Se

⁴²Dobb, Maurice, *Economía política y capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1966, p. 29. Sweezy, Paul, *Teoría del desarrollo capitalista*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964, pp. 143-145.

⁴³Sweezy, Paul, *ibid.*, p. 136.

⁴⁴Academia de Ciencias de la URSS, *Manual de Economía Política*, Editorial Fundamentos, Buenos Aires, 1962, pp. 57-58.

parte de negar la determinación de esta cambiabilidad por la representación de la materialidad del trabajo abstracto como el atributo social específico de su producto en razón de haberse realizado de manera privada e independiente, para terminar concibiendo a las apariencias mismas del proceso de cambio como las determinantes del trabajo abstracto. Esto es, se presenta a las mercancías como si entraran naturalmente al cambio no siendo más que valores de uso, y allí su contacto con el dinero las convirtiera en portadoras de trabajo abstracto.⁴⁵ Un tercer procedimiento consiste en imponer por sobre la verdadera cualidad natural del trabajo abstracto una que lo haga aparecer como atributo históricamente específico de la producción de mercancías. Por ejemplo, el trabajo abstracto pasa a ser concebido como el simple gasto de fuerza humana de trabajo cualquiera sea la forma concreta en que se lo realice, a condición de que sea hecho con indiferencia respecto de las «experiencias vitales» del trabajador mismo.⁴⁶ Con lo cual, el trabajo abstracto productor de mercancías aparece transformado en una especie particular de trabajo abstracto. Como tal especie particular, se contrapone al simple gasto de fuerza humana de trabajo cualquiera sea la forma en que se lo realice, pero que se realiza sin indiferencia respecto de su contenido. Se concibe así al trabajo abstracto en sí como si estuviera determinado en tanto tal por encerrar una diferencia específica respecto de su propio género y, por lo tanto, como si él mismo fuera una forma concreta de trabajo humano. En otra versión se concibe al trabajo abstracto como el mediador en la relación social entre los productores.⁴⁷ Pero no es el trabajo mismo el que media en la relación social de los productores privados e independientes. El mediador es el producto del trabajo, la mercancía. No se trata del trabajo abstracto en acto sino del trabajo abstracto materializado, o sea, el trabajo abstracto que ya no existe más que objetivado en su producto. En la inversión en cuestión se tiene un simple gasto de fuerza humana de trabajo, un trabajo abstracto, que interviene como mediador en la relación social y otro que no lo hace. Otra vez, el trabajo abstracto productor de valor pasa a ser concebido como una forma específica de su propio género y, por lo tanto, como un trabajo concreto.

La sustitución de la forma de privado del trabajo productor de mercancías por la apariencia de ser un trabajo directamente social, al igual que la sustitución de la forma de privado por la condición de abstracto como determinante de la especificidad histórica del trabajo productor de mercancías, conducen al mismo lugar. Vacían al modo de producción capitalista de su especificidad histórica. Esto es, lo vacían de su determinación como forma necesaria del desarrollo de las potencias

⁴⁵Rubin, Isaak, *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*, Cuadernos de Pasado y Presente, 53, Buenos Aires, 1974, pp. 179, 182 y 196.

⁴⁶De Angelis, Massimo «Beyond the Technological and the Social Paradigms: A Political Reading of Abstract Labour as the Substance of Value», *Capital and Class*, 57, p. 110.

⁴⁷Postone, Moishe, *Time, Labor and Social Domination: a reinterpretation of Marx's critical theory*, Cambridge University Press, 1993, p. 150.

productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo inmediatamente social conscientemente organizado por el propio obrero colectivo, realizado a través del desarrollo de la contradicción inmanente a la organización privada del trabajo social. Por lo tanto, vacían a la clase obrera de sus propias potencias históricas específicas. Con lo cual despojan al carácter revolucionario inherente a estas potencias de su base material, rebajando su necesidad a alguna de las inversiones idealistas antes vistas.

Sin embargo, el último grito de la moda en la economía política crítica va todavía más lejos. La centralización del capital como propiedad directamente social, o sea, como propiedad del estado, es la forma más potente de la socialización del trabajo privado. Mediante esta centralización, la clase obrera toma en sus manos su propia relación social enajenada. Por lo tanto, su realización es la forma concreta general de la acción política en que la clase obrera expresa sus intereses históricos como sujeto revolucionario. Es por eso que la más moderna economía política crítica no puede contentarse con borrar la especificidad histórica del modo de producción capitalista poniendo al trabajo abstracto en el lugar del trabajo privado. Sigue adelante poniendo al poder coactivo que ejerce el capital sobre el obrero en el lugar de la materialidad del trabajo abstracto.⁴⁸ Luego, todo se le hace concluir que la acción revolucionaria de la clase obrera consiste en negarse a tomar el poder del estado como quien huye de la peste.⁴⁹ La economía política crítica se muestra así en la plenitud de su propia razón de existir. No sólo borra la especificidad histórica de las potencias revolucionarias de la clase obrera, sino que directamente pretende convencer a ésta que lo verdaderamente revolucionario es tomar el camino opuesto a la realización de las mismas y, por lo tanto, el camino de su derrota histórica.

⁴⁸Holloway, John, *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, Revista Herramienta/Universidad Autónoma de Puebla, Buenos Aires, 2002, pp. 216-218. Hardt, Michael y Antonio Negri, *Imperio*, Paidós, Buenos Aires, 2002, pp. 198-199.

⁴⁹Holloway, John, op. cit., pp. 306-307. Hardt, Michael y Antonio Negri, op. cit., p. 201.